

COLMILLOS VENGADORES

RAY LESTER

La calma en el cementerio era total.

No sobrecogía en absoluto la visión de las escasas tumbas a pesar del viento ululante que parecía arrancar lastimeros quejidos a los árboles circundantes.

Sin embargo, los cuatro hombres se estremecieron cuando las linternas enfocaron la tumba de Víctor Daugherty.

La tierra amontonada a ambos lados de la fosa dejaba al descubierto gran parte del ataúd que contenía los restos del viejo jefe de la familia.

¡El cuerpo de *Fliky* había desaparecido!

Edward murmuró unas palabras incoherentes sintiendo que las piernas se le doblaban.

—Mi padre… ha vuelto —pudo bisbisear al fin.

Ninguno tuvo tiempo de responder a las atónitas palabras de Edward Daugherty.

En aquellos momentos, un alarido espeluznante rasgó el silencio de la noche, procedente de la mansión.



Ray Lester

Colmillos vengadores

Bolsilibros: Selección Terror - 61

ePub r1.0

Titivillus 28.02.15

Título original: *Colmillos vengadores*
Ray Lester, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Mejor estaba muerto.

Ése era el cruel y despiadado pensamiento que estaba fijo en la mente de casi todos los presentes.

Víctor Daugherty fue durante toda su vida un déspota. Consiguió reunir una inmensa fortuna, tuvo miles de empleados en sus empresas y, como ocurre siempre, unos bendecían su nombre y otros muchos lo maldecían, pero en el fondo, Víctor Daugherty se comportó toda su vida como un tirano, como un tirano déspota con todos los miembros de su familia.

La excepción la constituía su nieta Diana.

Diana Daugherty, hija de su primogénito Alex, miraba con sus grandes ojos azules el féretro donde yacía el cadáver blanco y rígido de su abuelo, con cuatro velones encendidos en las esquinas.

A sus veinticuatro años, Diana no había visto nunca un cadáver. Su bello semblante se contraía en dolorosa mueca contemplando fascinada el rostro sin vida de su abuelo, mientras en la estancia contigua se reunían los restantes miembros de la familia, como cuervos impacientes por arrojarse sobre la incalculable fortuna que legaba el viejo Víctor.

Estaban sus padres, el frío y calculador tío Edward, con su encantadora esposa Marjorie; el jovial y bromista tío Heywood, y también se encontraba reunido con ellos Wilfred Cowpens, secretario particular del abuelo en los últimos años.

A Diana le dolía que estuviesen discutiendo sobre la herencia cuando aún no habían dado sepultura al abuelo. Para ella era como un terrible sacrilegio lo que estaban haciendo. Sólo faltaban el tío Paul y la tía Cathy.

Dijeron que el tío Paul se encontraba en Londres cuando ocurrió el desgraciado accidente que le costó la vida al abuelo. Dijeron también que le enviaron un cablegrama y no tardaría en llegar a

Torlins City.

¿Por qué se le ocurrió al abuelo conducir el coche personalmente aquel día? De ordinario conducía Billy, pero aquel día el abuelo le dijo que no lo necesitaba y que él mismo conduciría el automóvil hasta el pueblo.

Ella, Diana, se encontraba en aquellos momentos en la ventana de su aposento cuando vio que el vehículo descendía por la serpenteante carretera que llevaba desde la colina donde se ubicaba la mansión de los Daugherty hasta el pueblo.

Torlins City, un pueblo donde los quinientos o seiscientos habitantes eran empleados de los Daugherty.

Y de repente sucedió la tragedia.

El automóvil se salió de la calzada en una de las cerradas curvas y cayó dando vueltas por uno de los pronunciados desniveles que festoneaban la ruta. Jamás olvidaría el tremendo sobresalto que sufrió ni el agudo chillido que emitió su garganta.

Wilfred fue el primero en llegar a su lado, y aún pudo contemplar, atónito, las últimas volteretas del vehículo estrellándose en el fondo del barranco.

Todo esto pasaba por la mente de Diana Daugherty mientras contemplaba con triste mirada el cadáver de su querido abuelo. Las palabras que para los restantes componentes de la familia siempre fueron duras y despectivas, para ella fueron dulces y amables.

Por eso se negaba a creer que aquel cuerpo lechoso y frío fuera el de su abuelo.

Sintió que unas manos se posaban suaves en sus hombros.

—Debes salir de aquí, Diana. Nada conseguirás atormentándote.

Giró la cabeza, y los ojos rasos de lágrimas contemplaron el rostro varonil de Wilfred Cowpens.

El abuelo Víctor siempre le decía que Wilfred era una persona inteligente y honesta.

Que poseía una innata agilidad mental a pesar de sus veintiocho años y su aspecto engañoso de atlético deportista descuidado.

—No quiero dejarlo solo, Wil —musitó Diana.

—Nada puedes hacer por él, Diana. Te estás haciendo daño permaneciendo aquí.

—No quiero escuchar las cosas horribles que se están diciendo en la otra habitación.

Wilfred Cowpens asintió, comprendiendo a la muchacha; sin embargo, curvó los labios en tenue sonrisa, diciendo:

—Tu abuelo era inmensamente rico, Diana. Hasta cierto punto es lógico que sus herederos traten de hacer cábalas sobre la parte que puede corresponderles. Los seres humanos acostumbramos a ser así de desconsiderados.

—Durante años han vivido a costa del abuelo. ¿No pueden esperar a que su cuerpo reciba sepultura?

Wilfred no respondió.

Tiró con suavidad, pero al mismo tiempo con energía, de la muchacha y la llevó a la otra estancia.

Apenas entraron allí, Alex Daugherty vino junto a Cowpens y lo miró a los ojos fijamente.

—Usted es el albacea testamentario de mi padre además de su secretario particular, ¿verdad, Wilfred?

Cowpens entornó los ojos soportando la mirada.

—Exacto, Alex.

El mayor de los Daugherty torció el gesto con desagrado.

—Quiero dejar bien clara una cosa, Wilfred —dijo, seco—. Mientras vivió mi padre autorizó que nos llamase a todos por nuestro nombre de pila y tuvimos que aceptarlo. Ahora las cosas han cambiado, ¿comprende, Wilfred?

La mirada de Cowpens se endureció, y al responder lo hizo en forma desdeñosa.

—Comprendo lo que insinúa, Alex, pero está en un error.

—¿Sí?

—Mi contrato era personal con Víctor Daugherty y finalizará en el momento en que se lea el testamento. No obedeceré ninguna orden que venga de cualquiera de ustedes. También deseo que ese punto quede lo suficientemente claro.

Edward Daugherty se aproximó al joven, sonriéndole amistoso.

—Vamos, vamos, Wilfred, no sea usted quisquilloso. Sabe que siempre tuvo la consideración de todos nosotros. Usted ha sido el mejor colaborador de la familia en los últimos años.

—Eso fue lo que me propuse, Edward —respondió el joven—. Y pienso seguir siéndolo cumpliendo todos los requisitos que figuran anexos al testamento de Víctor Daugherty.

Después de las palabras del joven, se hizo un profundo silencio

entre los presentes.

Lo rompió el jovial y despreocupado Heywood, el menor de los cuatro hermanos, inquiriendo:

—¿Todos, Wilfred?

—Completamente.

Helen Daugherty, esposa de Alex y madre de Diana, no pudo reprimir un estremecimiento.

—Eso es repugnante, Wilfred.

El joven le lanzó una mirada indiferente.

—Lo siento, señora. Mi obligación es cumplir exactamente lo dispuesto por Víctor Daugherty.

El propio Alex se adelantó un paso, haciendo un ademán con la diestra.

—Mi padre era muy aficionado al espiritismo, Wilfred. Usted es lo suficientemente inteligente como para no creer en esas estupideces. Nosotros lo relevamos de ese deber.

—No, Alex.

—¿Así insiste en que debemos matar al pobre *Fliky* y enterrarlo junto a él?

—Así está dispuesto en el testamento.

—¿Y quién se encargará de matar a ese perro?

Wilfred Cowpens se encogió de hombros.

—En todo caso, lo haría yo.

—¡Eso es absurdo! —estalló Helen, incapaz de contenerse por más tiempo—. Es propio de brujerías.

Edward también quiso intervenir en la conversación intentando disuadir al joven abogado Cowpens.

—Escuche, Wilfred. Nuestro padre era un hombre raro y caprichoso. Dispuso que su fiel perro *Fliky* fuese enterrado junto a él cuando muriese y así lo haremos si usted lo desea. Lo que ya encuentro una tontería es tener que aguardar tres meses para la lectura del testamento.

—Fue una orden de Víctor Daugherty —respondió imperturbable Cowpens—. Tendrá que ser así.

—¿No comprende que resulta estúpido esperar?

—No es mi obligación comprender, Edward, sino obedecer.

—¡Es terco como una mula! —gruñó Alex, alejándose furioso unos pasos—. No te canses, Ed.

—Tendremos que vivir tres meses en esta horrible casa —murmuró Helen, moviendo la cabeza—. Mis nervios serán incapaces de soportar la tensión.

Wilfred arqueó las cejas, mirándola extrañado.

Nadie podría considerar como horrible la mansión de los Daugherty. Sus paredes de rojos ladrillos eran diariamente bañadas por el sol, que se colaba por los amplios ventanales. En los alrededores, entre claros jardines, disponían de pista de tenis y piscina.

La única nota tétrica en los contornos la constituía el pequeño cementerio de la familia, situado en la ladera norte, justo en el lado contrario a la carretera que conducía a Torlins City. Y aun así, los floridos parterres, que el propio Víctor ordenó distribuir entre las tumbas, restó austeridad al recinto.

—No tiene necesidad de permanecer aquí los tres meses, señora —dijo Wilfred—. Bastará con que esté presente el día señalado para la lectura.

Alex Daugherty regresó junto a Wilfred armándose de paciencia.

—Usted está al corriente de todo lo concerniente a nuestra familia, ¿verdad, Wilfred?

—¿En qué sentido?

Alex sonrió sin poder ocultar cierto sarcasmo.

—¿En qué sentido iba a ser? En el económico, naturalmente. Le consta que vivíamos de la pensión mensual que nos pasaba nuestro padre.

—En efecto.

—¿Y de qué quiere que vivamos hasta que se lea el testamento?

—Supongo que tendrán algunos ahorros.

Alex emitió una breve carcajada, carente de alegría alguna.

—¿Ahorros…? No sea iluso, Wilfred, no hay ningún Daugherty que sea capaz de ahorrar ni un solo dólar.

Wilfred Cowpens lo miró fijamente al rostro. Podía replicar que Víctor Daugherty había sido capaz de reunir una de las más poderosas fortunas de la nación. Por el contrario, dijo:

—Pueden vivir aquí esos tres meses si lo desean.

—Mi esposa acabaría enferma de los nervios.

—Lo siento, Alex.

—Está mintiendo, Wilfred —acusó Alex, tirantes las facciones—.

No lo siente en absoluto. Es más, creo que se alegra infinitamente de la disposición de ese viejo.

Diana había asistido hasta entonces a la reunión familiar sin articular palabra alguna, aunque con el rostro contraído, desencajado, y los ojos muy abiertos clavados en sus familiares. Su joven y pura mente no podía comprender que pudiesen hablar de aquella forma estando aún caliente el cadáver del abuelo.

Ahora se puso en pie con las mejillas lívidas y miró a su padre como si fuese la primera vez que lo veía en su vida.

—No puedo comprender cómo podéis ser tan crueles —musitó, con un hilo de voz y sin apartar la mirada de su progenitor—. Parecéis cuervos hambrientos.

—¡Diana! —gritó su madre, en tono de reproche.

Pero Diana corría ya hacia su habitación, dejando el eco de un sollozo flotando en el enrarecido ambiente.

Durante largos segundos, el silencio gravitó sobre los presentes.

Heywood hizo una mueca que quiso ser irónica y se quedó en grotesca mientras comentaba:

—Ahora sólo nos hacía falta que el viejo cumpliese lo prometido.

Su hermano Edward se giró fruncidas las cejas.

—¿A qué te refieres?

—Nuestro querido padre era un entendido en eso del maldito espiritismo. Siempre dijo que vendría a darnos una muestra del Más Allá después de su muerte. ¿No os acordáis?

Nadie respondió a las palabras de Heywood.

Sin embargo, un súbito estremecimiento helado sacudió a todos los componentes de la familia Daugherty.

CAPÍTULO 2

La mañana era gris, plomiza.

El cielo, encapotado por densos nubarrones que amenazaban tormenta, quería contribuir a dar un ambiente tétrico a la fúnebre escena que se desarrollaba en el pequeño cementerio de la familia Daugherty.

La fosa estaba abierta y en el fondo de ella descansaba ya el ataúd conteniendo los restos del infortunado Víctor Daugherty.

Todos los miembros de la familia se hallaban presentes vistiendo oscuras indumentarias, como si realmente sintiesen en lo más hondo de sus corazones la pérdida del jefe de la familia.

Algo más alejados se encontraban infinidad de empleados del viejo Víctor que no habían querido abandonarlo en su último viaje y tenían que mantener las apariencias los miembros de la familia, aunque sólo fuese por ellos.

Al borde de la fosa estaba *Fliky*, gruñendo lastimosamente y con la mirada fija en el labrado ataúd. Daba la impresión de que el enorme perro era el único que sentía verdaderamente la muerte de su insustituible amo.

Fliky era un perrazo lobo de casi un metro de altura y de lomo y hocicos negros.

Diana pasó los dedos por entre el pelaje de sus puntiagudas orejas y el animal levantó la cabeza, lanzándole una inteligente mirada.

La muchacha giró la cabeza hacia Wilfred, que se encontraba a su lado.

—¿Es necesario hacerlo, Wil?

—Tu abuelo así lo dispuso, Diana. Le tenía un gran afecto a este animal.

—Es monstruoso —musitó la muchacha.

Al otro lado de Diana, su tía Marjorie se inclinó ligeramente

hacia ella.

—Pierdes el tiempo discutiendo con Wilfred, querida. Es inflexible en las órdenes que recibió.

Cowpens se limitó a mirarla en silencio.

Edward Daugherty dio unos pasos y se situó junto a Wilfred.

—¿A qué está esperando? —Inquirió frío—. Usted se comprometió a matar al perro, Wilfred. El reverendo aguarda a que se cubra la sepultura y antes tenemos que depositar a *Fliky* sobre el ataúd.

—Sé lo que tenemos que hacer, Edward —replicó con acritud el joven Cowpens.

Fliky los miraba alternativamente y luego giraba su enorme cabeza hacia la fosa, emitiendo lastimosos quejidos que daban la impresión de ser casi humanos.

Wilfred metió la diestra en el bolsillo del gabán y empuñó la pistola que guardaba allí. No le hacía ninguna gracia acabar con el inteligente animal, pero se comprometió a cumplir al pie de la letra con todos los requisitos redactados por Víctor Daugherty.

Diana lo miraba en silencio y el joven advirtió un evidente reproche en las azules pupilas de la chica.

—Tengo que hacerlo, Diana —masculló, de mal humor.

Se disponía Cowpens a cumplir con su cometido cuando ocurrió aquella cosa extraña.

Fliky dobló suavemente las patas delanteras y se recostó en el borde de la fosa.

Quedó tendido con los ojos muy abiertos, sin cesar de emitir los lastimosos quejidos.

De pronto todo su enorme cuerpo sufrió un estremecimiento.

La mirada de todos los presentes estaba pendiente del perro, que, súbitamente, dejó de respirar y se quedó inmóvil.

—¿Qué ocurre, Wil? —Quiso saber Diana, intrigada.

Wilfred se agachó junto al animal y estuvo unos momentos examinándolo con el ceño fruncido.

Se incorporó, paseando la mirada por los rostros expectantes.

—*Fliky* ha muerto —dijo, grave.

Los componentes de la familia Daugherty se miraron entre sí, y hubo quien no pudo reprimir un escalofrío de terror. Unos instantes antes, *Fliky* estaba pletórico de vida y ahora su cuerpo permanecía

inmóvil, muerto.

Aquel extraño hecho sobrecogió el ánimo de los presentes.

El resto de la ceremonia se llevó a cabo dentro de un sepulcral silencio.

Fliky fue depositado sobre el ataúd y luego la fosa se fue llenando lentamente con las paletadas de tierra que echaron los dos hombres que se ofrecieron voluntariamente a enterrar a su patrón, en muestra del profundo agradecimiento que sentían.

El reverendo cumplió con su obligación, y una vez concluido el funeral, los miembros de la familia Daugherty regresaron silenciosos y pensativos a la mansión.

No podían arrancar de sus mentes el hecho de que el enorme perro lobo hubiese muerto de forma misteriosa y repentina junto a la fosa del que fue su amo.

Lo que ignoraban, pero parecían intuir de forma misteriosa en lo más recóndito de ellos mismos, era que *Fliky* llenaría de horror sus vidas.

* * *

—No sé si debo hablar, señor Cowpens.

Wilfred puso una mano sobre el hombro de Billy, tratando de comportarse amistosamente con él. El viejo chófer de Víctor Daugherty sostenía unos tubitos de cobre entre sus dedos y parecía dominado por una gran excitación.

—Dime de qué se trata, Billy.

—He descubierto algo terrible, señor Cowpens —confesó el hombre, mirando fijo al joven—. Al principio me negué a creer lo que veían mis ojos y quise comprobarlo para no equivocarme. Desgraciadamente, mis sospechas han resultado ciertas.

Se encontraban ambos en el despacho que el propio Cowpens tenía en la mansión de la familia.

Wilfred comprendió que Billy deseaba hacerle una confidencia de suma gravedad y procuró mostrarse amable con el empleado.

—¿Qué es, Billy?

—El patrón no sufrió un accidente, señor Cowpens.

Wilfred respingó, frunciendo el ceño.

—¿No?

—Los tubos conductores del líquido de frenos fueron serrados intencionadamente —confesó Billy, después de una breve pausa—. Lo hicieron a propósito para que el patrón se estrellara.

—¿Estás seguro, Billy? Pudieron romperse accidentalmente en el momento en que Víctor Daugherty descendía la pendiente.

El chófer sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Yo revisaba el auto periódicamente, señor Cowpens. Lo hice aquella misma mañana y todo estaba correcto. Además, eche un vistazo a los tubos.

Al hablar, Billy mostró los tubitos que tenía en las manos y con el índice señaló un lugar de ellos. Wilfred pudo comprobar que el empleado no mentía. Por una de sus partes, el pequeño tubo aparecía cortado por los dientes de una sierra.

El joven estuvo unos momentos pensativo, masajeándose el mentón en ademán maquinal.

—Esto significa que se ha cometido un asesinato.

Billy lo miró asustado.

De pronto se daba cuenta de la magnitud de su descubrimiento y aquello lo sumía en un profundo terror. Él había realizado su trabajo porque no comprendía que su patrón hubiese sufrido aquel incomprensible accidente. De ordinario, Víctor Daugherty había sido prudente al conducir. Jamás lo había visto bajar la pendiente a la velocidad que lo hizo aquella mañana.

Y ahora se encontraba con algo terrible que él mismo había descubierto y que lo llenaba de pavor.

Wilfred pareció leer en su mente, porque le oprimió amistosamente el brazo al tiempo que inquiría:

—¿Se lo has dicho a alguien más, Billy?

—No, señor Cowpens.

—No debes hacerlo, Billy —dijo suavemente el joven—. Nadie de la familia debe saber esto, ¿lo has comprendido?

El chófer lo miró perplejo.

—¿No avisará a la policía, señor Cowpens?

—Por el momento, no, Billy. Yo asumiré toda la responsabilidad desde este momento.

—Como usted ordene, señor Cowpens.

—Dime una cosa, Billy: ¿por qué has venido a contármelo a mí

en primer lugar?

El chófer permaneció dubitativo unos instantes.

—Bueno…, el patrón me dijo en varias ocasiones que usted era un hombre íntegro y fiel a él. En cuanto a sus hijos…, la verdad es que no les tenía demasiada confianza.

—¿Tú confías en mí, Billy?

El viejo empleado asintió con la cabeza al tiempo que decía:

—Sí, señor Cowpens. Usted me parece un hombre honrado.

—Gracias, Billy. Y recuerda lo que te he dicho: nadie debe saber que Víctor Daugherty ha muerto asesinado.

—Descuide, señor Cowpens, no hablaré con nadie de esto.

—Yo decidiré el momento en que deberá intervenir la policía y entonces podrás explicar tu descubrimiento.

—Sí, señor Cowpens.

Habían transcurrido quince días desde que Víctor Daugherty fue enterrado y los miembros de la familia se dedicaban a vivir bucólicamente, aguardando el largo plazo establecido para la lectura oficial del testamento.

Paul Daugherty se incorporó al grupo dos días después del entierro acompañado de su joven y encantadora esposa Cathy. La muerte de su padre los sorprendió lejos de Estados Unidos y se apresuraron a regresar a Torlins City.

Ahora aguardaba como uno más el momento señalado y, cosa rara, era el único componente de los Daugherty que no había presionado a Wilfred para que acortara el plazo de la lectura.

Era poco más de las once y media de la noche.

Una hora perfecta para tomar un baño después de haber sufrido los rigores de un caluroso día.

El hermoso cuerpo de Marjorie, apenas cubierto por un diminuto bikini color granate, describió un perfecto arco desde la palanca hasta el agua.

Atravesó la piscina, nadando con depurado estilo, acercándose al borde donde se encontraba Heywood.

Su propio cuñado la ayudó a subir, y cuando estuvo chorreante a su lado, la contempló sin preocuparse de ocultar su admiración. Los encantos turgentes de Marjorie atraían como un imán su fascinada mirada.

La luz procedente de artísticos faroles forjados, distribuidos

alrededor de la piscina, era escasa, pero suficiente.
—Estás preciosa, Marjorie —dijo Heywood.
La mujer hizo un mohín de desagrado.
—A Edward no le gustaría lo que estás diciendo —recordó ella —. Ni esa forma de mirarme que tienes.
—La belleza hay que admirarla allí donde la encontremos, cuñada.
—Eres un cínico, Heywood.
—No lo niego.
—Creo que me retiraré a dormir.
—¿Por qué te he dicho que eres una mujer hermosa?
—Porque no me gusta tu mirada —replicó ella, con cierta sequedad—. Parece que quieras desnudarme con los ojos.
Heywood la miró de arriba a abajo con una sonrisa irónica en los labios.
—¿Aún más?
Las mejillas de Marjorie se colorearon.
—Eres un sinvergüenza, Heywood.
—También lo admito, pero soy sincero ante todo, ¿eh?
—Lo que eres es un insolente —dijo Marjorie, haciendo intención de dirigirse a la casa.
Heywood alargó la mano, reteniéndola por el brazo.
—Dime una cosa que me tiene intrigado antes de irte, cuñada.
—¿Qué?
—¿Por qué te casaste con Ed?
—Porque nos queremos —respondió ella, con rapidez—. ¿Tan difícil es para ti que dos personas se quieran?
Heywood sacudió la cabeza chasqueando la lengua.
—Tú eres una mujer hermosa y apenas has cumplido los veinticinco, cuñada —dijo, sin dejar de sonreír—. Edward tiene diez años más que tú y, además, es gordo y sin apenas atractivos, a menos que hablemos de la fortuna que heredará.
Las pupilas femeninas despidieron chispas, clavadas en Heywood.
—Me estás ofendiendo.
—Al contrario, estoy alabando tu madera de heroína para el sacrificio. Debe costarte horrores soportar a mi hermanito.
—No deberías hablar así de Ed.

—Digo la verdad, cuñada.

Ella se desprendió con brusquedad.

—¡Déjame!

Marjorie inició la marcha hacia la casa cuando escuchó las últimas palabras sarcásticas de su cuñado.

—Puedes seguir bañándote si lo deseas, Marjorie. Tus evidentes encantos han embotado mis ideas y voy a dar una vuelta por la pista de tenis para refrescarlas. No te molestaré más.

Y dicho esto, Heywood desapareció por entre los parterres cercanos a la piscina.

Marjorie dudó unos instantes y finalmente decidió darse un último chapuzón antes de retirarse a dormir. La noche era calurosa, y después de la excitación que le había producido el comportamiento de Heywood, la relajaría nadar un poco.

Se zambulló nuevamente y nadó, cruzando la piscina.

De pronto la galvanizó un alarido procedente de la pista de tenis. Fue un aullido infrahumano brotado de una garganta al borde del paroxismo.

Un nuevo alarido rasgó el silencio de la noche y Marjorie sintió un profundo escalofrío en todo su ser. Esta vez el alarido terminó en un extraño gorjeo gutural.

Marjorie empezó a nadar frenética en dirección al borde de la piscina y entonces fue cuando lo vio.

Contempló con ojos desorbitados por el horror al animal plantado en el borde de la piscina y que a su vez la miraba a ella con aquellos ojos fosforescentes.

¡Era el propio *Fliky*!

El enorme perro lobo aparecía ahora despidiendo una extraña luz azulada por todo su cuerpo, pero desde el primer instante de verlo tuvo la certeza de que se trataba de *Fliky*. Enseñaba sus descomunales colmillos mientras emitía amenazadores gruñidos sin apartar los ojos brillantes de ella.

¡Hizo intención de lanzarse al agua!

Marjorie empezó a gritar con todas las fuerzas de sus pulmones, incapaz de huir nadando. El terror paralizaba sus miembros y a duras penas conseguía mantenerse a flote.

Fliky dudó en el borde de la piscina.

En aquel momento se escucharon carreras procedentes de la casa

y el perro huyó por entre los parterres en dirección a la pista de tenis. Por el mismo lugar que se marchó Heywood minutos antes.

Marjorie nadó trabajosamente y aceptó la mano que le tendía su cuñado Alex desde el borde.

Temblaba de forma convulsa cuando la dejaron en una de las tumbonas que contorneaban la piscina. Sus labios se movían balbuceando palabras incoherentes debido a que su mente se hallaba aún ocupada por el instante de terror vivido.

Wilfred, Alex y Diana se encontraban junto a ella y trataban de calmarla. Edward, Paul, Cathy y Helen acudían desde la casa dando muestras de gran excitación.

—¿Qué ocurrió, Marjorie? —Quiso saber Alex, intrigado.

—*Fliky* me miraba desde el borde de la piscina y me enseñaba los dientes con ansias de clavarlos en mi garganta —empezó a decir la esposa de Edward, con los ojos aún desorbitados.

Alex hizo una mueca, mirándola escrutadoramente.

—¿*Fliky*? Eso no es posible, Marjorie. El miedo te hace ver cosas distintas a la realidad.

—¡Era *Fliky*! —chilló, nerviosa, Marjorie.

Wilfred puso una mano sobre su hombro, tratando de infundirle calma.

—Procure no excitarse, Marjorie —aconsejó, suave—. Comprenda que eso es imposible.

Edward llegó resoplando junto a ellos y se agachó delante de su mujer, cogiéndole las manos.

—¿Qué ha ocurrido, Marji?

La mujer le echó los brazos al cuello, rompiendo en sollozos.

—Tu esposa asegura haber visto a *Fliky* en el borde de la piscina mientras se bañaba —explicó Alex, con un marcado tono de escepticismo en la voz—. Algo debió trastornarla.

Marjorie levantó bruscamente la cabeza y se quedó mirando a su cuñado furiosamente.

—¡Era *Fliky*, Alex!

—Vamos, vamos —intervino Wilfred, intentando serenar los ánimos—. ¿Por qué no nos explica detalladamente lo ocurrido, Marjorie?

—¿Heywood no estaba contigo? —inquirió Paul.

—Sí —respondió la mujer, recordando de pronto a Heywood—.

Se marchó hacia la pista de tenis. Escuché sus terribles alaridos cuando estaba nadando. Después apareció *Fliky* ante mí.

—¿Heywood fue el que gritó?

—Yo también grité, pero él lo hizo antes. Por la angustia de sus gritos debía de estar ante algo monstruoso.

Wilfred se dirigió al panel desde donde se accionaban las luces de la pista de tenis. Bajó la palanca del interruptor y acto seguido surgieron unos potentes focos por encima de los parterres que separaban la piscina de la pista de tenis.

Se acercó de nuevo al grupo.

—Voy a echar un vistazo —dijo, escueto.

Diana se separó del grupo, precipitándose en pos de Wilfred.

—Te acompaño, Wil.

El joven se detuvo, girándose a medias.

—Será mejor que te quedes aquí.

Ella frunció los labios en mueca decidida.

—Voy contigo.

Los dos jóvenes pasaron junto a los parterres, encaminándose a la pista de tenis, iluminada ahora por los potentes focos que servían para partidos nocturnos.

Apenas llegaron a ella vieron el cuerpo de Heywood Daugherty tendido junto a la red central.

Diana inició una carrera, pero Wilfred la retuvo firmemente cogiéndola por el brazo.

—Aguarda —ordenó mientras paseaba la mirada por las zonas en penumbra, asegurándose de que ningún peligro acechaba.

Luego se acercaron los dos al caído.

Heywood se encontraba boca arriba y con los brazos en cruz, y Diana ahogó una exclamación de horror al contemplar atónita la horrenda herida que presentaba su tío en la garganta.

La tenía completamente destrozada, seccionada la yugular y gran parte del cuello por lo que parecía el salvaje mordisco de unas fauces descomunales. Incluso podía apreciarse la entrada de los colmillos a ambos lados de la garganta.

En el rostro desvergonzado de Heywood había quedado plasmada una expresión de infinito horror. Los ojos desorbitados y la boca desmesuradamente abierta en el postrer chillido que fue segado por el tremendo mordisco.

Diana sintió que sus piernas se doblaban y hubiese caído al suelo de no sostenerla Wilfred atrayéndola contra su pecho.

CAPÍTULO 3

—Tenemos que avisar enseguida a la policía.

Paul hizo una mueca sarcástica clavando sus fríos ojos en su hermano Edward.

—No seas idiota, Ed. No podemos hacerlo.

—Yo soy de la misma opinión que Edward —intervino Wilfred—. Tenemos que poner el caso en manos de las autoridades.

Alex Daugherty miró desdeñoso al joven abogado.

—Esto no entra dentro de sus obligaciones legales con la familia Daugherty, Wilfred —dijo rencoroso—. No es usted quien tiene que decir lo que debe hacerse.

Wilfred lo miró con dureza. No le era simpático Alex y tampoco hacía el menor esfuerzo por demostrar lo contrario. En el fondo consideraba a Alex como un parásito de la sociedad.

—Me he limitado a dar mi opinión.

—Nadie se la ha pedido.

—Hay que comunicar la extraña muerte de Heywood —insistió Edward paseando nervioso por el amplio salón donde se encontraba reunida toda la familia a excepción de Marjorie, que descansaba en su habitación de la crisis nerviosa sufrida y de Helen, que le hacía compañía tratando de calmarla.

Alex se enfrentó a su hermano Edward curvando los labios con sorna.

—¿Y qué le diremos a la policía, Ed?

—La verdad.

—¿Que nuestro padre ha regresado de su tumba para asesinar a su propio hijo?

Edward clavó unos ojos aterrorizados en su hermano mayor.

—¡No digas eso, Alex!

Éste se encogió de hombros displicente.

—¿Y qué otra cosa podemos decir? Tu propia esposa asegura

haber visto a *Fliky* en el borde de la piscina después de haber matado a Heywood.

—Pudiera ser que *Fliky* no muriese en realidad y ahora esté rabioso —arguyó Edward sintiendo un escalofrío.

—Todos vimos que *Fliky* murió.

—¡No! —exclamó Edward girándose vivamente hacia Wilfred y señalándolo con el índice extendido presa de gran excitación—. Wilfred fue el único que testificó la muerte del perro. Después de decirnos que *Fliky* había muerto, lo arrojó a la fosa.

Ahora fue Paul el que se acercó a Edward y le puso una mano en el hombro sonriendo.

—Vamos a ver, Ed —empezó a decir calmoso—. Yo no estaba presente, pero según me habéis relatado, *Fliky* fue depositado sobre el ataúd de nuestro padre, ¿verdad?

Edward cabeceó asintiendo en silencio.

—Y luego se le echó un metro y medio de tierra encima, ¿no? —prosiguió Paul.

—Sí.

—Por poco que durara el funeral estuvisteis cosa de veinte minutos ante la fosa donde fue depositado *Fliky*, después de cubrirlo con la tierra. ¿Crees que cualquier animal o persona puede seguir viviendo después de permanecer veinte minutos bajo metro y medio de tierra? *Fliky* está muerto sin lugar a dudas, Ed.

Se hizo un profundo silencio en el salón después de las palabras de Paul. Wilfred fue el primero en romperlo:

—Indudablemente, *Fliky* no ha podido matar a Heywood.

—Marjorie asegura haberlo visto.

—El mismo horror le hizo ver visiones.

—¿Horror a qué? —increpó Paul—. Para que Marjorie sintiese horror tuvo que ver algo que se lo causara. ¿Por qué no pudo ser un perro lobo intentando atacarla?

—Pudo ser un perro lobo, pero me niego a creer que fuera *Fliky*.

—¿Por qué?

—Sencillamente; porque está muerto y ni siquiera los animales muertos salen de la tumba para atacar a los seres vivos.

Alex miró a Wilfred con una expresión misteriosa reflejada en sus pupilas.

—¿Está seguro?

—Desde luego.

—Mi padre era un entendido en materia de espiritismo. Aseguró que vendría a darnos pruebas del Más Allá.

Wilfred no pudo evitar emitir una risita desdeñosa.

—En todo caso, quien ha vuelto de la tumba es *Fliky*, ¿no?

—O mi padre que haya reencarnado en el cuerpo de ese perro. Su orden de que fuesen enterrados juntos resultó extraña para todos nosotros, ¿se acuerda?

Diana saltó del sillón donde se encontraba y se encaró con su padre fulgurantes las pupilas.

—¡Estáis hablando cosas absurdas, padre! —reprochó encendidas las mejillas—. Nadie de los que estamos aquí puede dar crédito a una cosa tan monstruosa como ésa.

Alex la miró reprobador.

—Deberías estar en la cama, Diana —dijo severo—. No es hora de que las niñas estén levantadas y discutiendo asuntos que sólo incumben a los mayores.

—No soy una niña —recordó Diana, soportando con entereza la dura mirada de su progenitor—. He cumplido los veinticuatro años a pesar de que mamá y tú os empeñéis en que sigo siendo una adolescente.

Alex estuvo unos segundos mirándola en silencio y luego soltó un gruñido dándole la espalda.

Paul sacudió la cabeza sonriendo.

—Nos hacemos viejos, Alex. No nos damos cuenta, pero los años no pasan sin causar estragos. Yo tardé demasiado en casarme, al igual que Ed, pero tú lo hiciste demasiado pronto.

—Eso nada tiene que ver con lo que estamos discutiendo —respondió brusco Alex.

—Si tiene que ver porque Diana lleva razón, hermano. Ya no es la niña que crees.

Cathy se hallaba postrada en uno de los sillones en silencio, aunque su rostro desencajado y la mirada incrédula que saltaba de uno a otro, demostraba el miedo atroz que la dominaba.

Ahora pidió en un susurro:

—Por favor, no discutáis.

—No consiento que nadie se interfiera en la forma en que debo tratar a mi hija —replicó tajante Alex.

Paul hizo una mueca sin dejar de sonreír.

—Ni yo lo he pretendido, Alex. Simplemente digo que Diana es adulta y su opinión es tan válida como la de cualquiera de nosotros. Sólo eso, hermano.

Alex dio un manotazo al aire.

—Está bien, dejemos eso.

Wilfred se llevó un cigarrillo a los labios y después de encenderlo y expeler el humo recordó:

—Aún no se ha llegado a un acuerdo en el motivo principal de esta reunión, señores.

Todas las miradas convergieron en él.

—No se avisará a la policía —decidió Alex después de unos momentos—. Yo, como miembro mayor de la familia asumo la responsabilidad de guardar silencio.

Wilfred le lanzó una irónica mirada.

—Recuérdelo llegado el momento de exigir responsabilidades, Alex —dijo mordaz—. Se está echando una carga sobre los hombros.

—Jamás rehuyo lo que prometo.

—Mejor.

Paul también encendió un cigarrillo paseando por la estancia y cuando habló lo hizo en apoyo de su hermano:

—En último extremo, Geo Bancroft no resultará demasiado difícil de conformar.

Wilfred recordó la oronda figura del *sheriff* de Torlins City. Era el único representante de la ley por aquellos contornos y cobraba el sueldo de la familia Daugherty. No resultaría por lo tanto un escollo en lo que Alex dispusiera.

Edward había estado pensativo y taciturno los últimos minutos mientras sus hermanos se enfrascaron en la discusión. Ahora movió la cabeza incorporándose del asiento.

—Hay una forma de comprobar si es realmente *Fliky* —dijo brillantes los ojos, pero como si hablase consigo mismo—. Tenemos que comprobarlo. Es preciso.

Todos notaron el febril deseo que lo embargaba.

—¿A qué te refieres?

—Tenemos que comprobar si *Fliky* continúa dentro de la fosa.

El silencio gravitó tenso sobre los presentes.

Algunos sintieron un gélido escalofrío recorrerle la espina dorsal, aunque trataron de disimularlo. Fue Wilfred Cowpens el primero en recuperarse de la sorpresa.

—¿Está proponiendo que profanemos la tumba de su padre, Ed? —inquirió con frialdad.

—No será preciso hacerlo —dijo Paul—. *Fliky* está enterrado sobre el ataúd, ¿verdad?

—Me opongo a eso —dijo Wilfred.

La negativa del joven abogado espoleó a Alex en contra suya. Se mostró de acuerdo con la idea de Ed y no perdió el tiempo en llamar al chófer Billy ordenándole que trajera unas palas.

Cathy miró asustada a su esposo.

—¿Iréis ahora, Paul? ¿De noche?

—Nada nos ocurrirá, Cathy —respondió él sonriéndole confiado —. Wilfred y yo vamos armados. Me alegraría que apareciese ese maldito perro porque le vaciaría el cargador de mi pistola.

—Por favor, Paul, no vayas.

El esposo la cogió por los hombros y besó fugazmente la frente de ella.

—No temas, querida, regresaremos enseguida. Mi sobrina se quedará contigo, ¿verdad, Diana?

La muchacha asintió silenciosa.

No le gustaba aquello que se disponían a hacer su padre y sus tíos, pero comprendió que no le harían el menor caso si se opusiera. Miró implorante a Wilfred Cowpens que se encogió de hombros, dándole a entender que él tan poco lograría disuadirlos del sacrilegio que iban a cometer.

Billy vino con las palas solicitadas y dos linternas.

Los tres hermanos las cogieron, denegando cuando el chófer les preguntó si podía ser útil en algo.

Se dirigieron a la salida y ya la alcanzaban cuando Alex se giró bajo el umbral inquiriendo:

—¿No viene, Wilfred?

—Prefiero quedarme.

El mayor de los Daugherty distendió los labios en sonrisa burlona:

—¿Tiene miedo?

El joven encogió los hombros con indiferencia y luego se dirigió

a la salida sin responder.

Acompañó a los hermanos Daugherty hasta el pequeño cementerio particular de la familia.

Nada turbó el suave descenso por la ladera de la colina. Los cuatro hombres avanzaban en fila india iluminando el estrecho sendero con las linternas que empuñaban Paul y Edward.

La calma en el cementerio era total.

No sobrecogía en absoluto la visión de las escasas tumbas a pesar del viento ululante que parecía arrancar lastimeros quejidos a los árboles circundantes.

Sin embargo, los cuatro hombres se estremecieron cuando las linternas enfocaron la tumba de Víctor Daugherty.

La tierra amontonada a ambos lados de la fosa dejaba al descubierto gran parte del ataúd que contenía los restos del viejo jefe de la familia.

¡El cuerpo de *Fliky* había desaparecido!

Edward murmuró unas palabras incoherentes sintiendo que las piernas se le doblaban.

—Mi padre… ha vuelto —pudo bisbisear al fin.

Ninguno tuvo tiempo de responder a las atónitas palabras de Edward Daugherty.

En aquellos momentos, un alarido espeluznante rasgó el silencio de la noche, procedente de la mansión.

CAPÍTULO 4

Paul Daugherty había sido el primero en llegar a la fachada delantera de la mansión, a pesar de no ser el más joven del grupo. Remontó la ladera a una velocidad increíble y el propio Wilfred tuvo que hacer un gran esfuerzo por no perderlo de vista.

Paul se hallaba inclinado sobre un cuerpo yacente en el sendero enarenado que conducía a la puerta de entrada principal, cuando Wilfred se detuvo jadeante a su lado.

—¿Quién… es? —preguntó el joven de forma entrecortada.

—Billy.

Paul paseó el haz de la linterna sobre el cadáver del chófer y Wilfred comprobó que presentaba idéntica herida en el cuello que Heywood. La garganta deshecha por un brutal mordisco.

Los ojos muy abiertos y la misma expresión de horror en el semblante que el menor de los Daugherty.

Alex y Edward llegaron respirando entrecortadamente junto a ellos y se quedaron paralizados contemplando aterrados el mutilado cadáver de Billy.

—Supongo que ahora avisará a la policía —comentó Wilfred, mirando a Alex—. Esto es un asesinato.

Después de unos segundos en silencio, sacudió la cabeza el hermano mayor denegando:

—No vendrá la policía.

—Su terquedad resulta absurda —recriminó con acritud el joven —. Ni un párvulo se creería que esto es obra de un resucitado. Somos adultos para dar crédito a esas supersticiones.

—¡He dicho que no vendrá! —rugió fuera de sí Alex—. Nosotros, los Daugherty, pondremos en claro la situación sin que ningún extraño meta las narices aquí, ¿ha comprendido?

—Comete un error.

—Eso es cuenta mía, no lo olvide.

Wilfred apretó los maxilares furioso también.

—No es cuenta suya, Alex —replicó con sequedad—. Aquí nos encontramos muchas personas y usted se dispone a jugar con la vida de ellas. No tiene derecho a eso.

—Mañana nos marcharemos Marjorie y yo —decidió Edward, temblándole el labio inferior—. No quiero permanecer ni un día más en esta maldita casa.

Alex levantó la cabeza hacia él.

—Nadie se marchará de aquí hasta que esté todo aclarado, Ed. Olvida lo que has dicho.

—¡Pero… *Fliky* acabará con todos nosotros!

—Por la mañana daremos una batida por los alrededores —prometió Alex—. Encontraremos al perro y acabaremos con él.

—No podréis —murmuró Edward presa del pánico que atenazaba sus entrañas—. Nuestro padre…, su espíritu, se ha metido en el cuerpo de ese maldito perro. No conseguiréis encontrarlo.

Wilfred miró con pena al menor de los Daugherty.

—Acabará por perder la razón si continúa dando crédito a esa idiotez, Edward —aconsejó poniendo una mano, sobre el hombro de Ed, que se estremeció al sólo contacto de la mano del joven—. *Fliky* no puede estar vivo.

—¡Ha salido de la tumba!

—O alguien se encargó de sacarlo.

Paul se incorporó mirando escrutadoramente al joven abogado.

—¿Usted qué opina que está sucediendo, Wilfred?

—No lo sé. Sólo estoy seguro de una cosa; *Fliky* no ha matado a Heywood ni a Billy.

Ahora fue Alex el que lo miró detenidamente.

—Está demasiado seguro de eso, Wilfred —dijo con cierto énfasis—. Me da la impresión de que usted conoce la verdad.

Wilfred aguantó sin pestañear la acusadora mirada de Alex.

—¿Qué suciedad está insinuando?

—Parece muy seguro de sí mismo. Tenga en cuenta que *Fliky* también ataca a los que no son miembros de nuestra familia. Observe lo que hizo con el pobre Billy.

—Insisto en que *Fliky* no ha podido matar a nadie.

Alex frunció las cejas durante una fracción de segundo y sus

palabras sonaron frías, acusadoras:

—Usted sabe la verdad, Wilfred. De otra forma no estaría tan seguro de sí mismo.

—Si supiera la verdad no tardaría en llamar a la policía a pesar de su oposición, Alex. No tenga la menor duda de eso.

—Tiene que reconocer que la propia Marjorie vio a *Fliky* después de que matara a Heywood —intervino Paul—. Hemos visto que no está en la fosa y usted persiste en que no puede ser *Fliky* el perro asesino, Wilfred. Su postura resulta sospechosa en extremo y Alex tiene algo de razón.

—Si usted no admite que sea el perro de mi padre, es que conoce bien lo que ocurre —aseguró Alex, envalentonado por el apoyo de su hermano Paul—. Me temo que tendrá que responder a muchas preguntas de ahora en adelante, Wilfred.

El joven no pudo contenerse.

El puño derecho salió disparado y chocó violentamente contra la mandíbula de Alex que salió impulsado hacia atrás rebotando en la arena del suelo.

Paul fue a intervenir, pero lo contuvo Wilfred, con un enérgico ademán al tiempo que decía:

—No toleraré acusación de nadie, ¿está claro?

Alex se restañó el hililllo de sangre que brotaba en la comisura de sus labios con el dorso de la mano. Se incorporó ayudado por Edward y miró con odio a Wilfred.

—Esto lo pagará caro, picapleitos —amenazó torvo.

Wilfred no lo miró directamente al responder:

—Les aconsejo que retiren el cuerpo de este pobre hombre antes de meterse en la casa.

Y sin agregar palabra dio media vuelta encaminándose al interior de la vivienda.

Había dado tres o cuatro pasos cuando escuchó la voz de Paul:

—¿Adónde va, Wilfred?

—Voy a dormir un rato y creo que todos lo necesitamos. Por la mañana veremos las cosas de distinta manera.

—¿Piensa dejarnos aquí con… Billy?

—Víctor Daugherty me contrató como abogado y secretario particular de él. No existía ninguna cláusula en el contrato en la que se dijese que debería actuar de sepulturero.

Las mujeres habían presenciado toda la escena desde los ventanales del salón, sin que ninguna de ellas se atreviese a salir al exterior.

Al entrar Wilfred, todas se giraron hacia él, pero el joven sólo vio la mirada inquisitiva de Diana.

—Lo siento, Diana —murmuró, mirándola fijo a los ojos—. Tu padre me acusó de ser el responsable de las muertes y no pude contenerme. Lo siento.

Helen y Marjorie estaban abajo también y fue la primera quien preguntó:

—¿Cómo ha muerto Billy?

—Por lo que parece el mordisco de un perro destrozándole la garganta. Lo mismo que Heywood.

Marjorie empezó a temblar convulsivamente y Cathy tuvo que sujetarla por los hombros conduciéndola a un sillón cercano antes de que se desplomara.

—¿*Fliky*?

Wilfred sonrió escéptico.

—Eso es lo que dice su esposo. Pretende que el espíritu de Víctor Daugherty se ha introducido en el cuerpo de ese perro. La tierra de la fosa estaba removida y faltaba el cuerpo de *Fliky*. Eso los ha confirmado en la absurda teoría.

Helen lo miró interesada.

—¿Usted no lo cree?

—Mi religión y mi inteligencia me impiden creer en esas cosas extrañas, señora. No puedo admitir que un animal muerto resucite y mucho menos que el alma de un cadáver se introduzca en el interior de dicho animal.

—Sin embargo, Marjorie vio a *Fliky* en la piscina.

—Opino que su mente le jugó una mala pasada.

Marjorie lo miró abatida desde el sillón.

—Le aseguro que era ese perro, Wilfred —musitó trémula—. Siento escalofríos al recordar sus terribles ojos.

El joven encogió los hombros sonriendo débilmente.

—No voy a discutir eso, Marjorie —hizo una pausa y agregó—: Trataré de dormir un poco y les aconsejo que hagan lo mismo. Asegúrense de que cierran la puerta de la habitación desde adentro.

La habitación que ocupaba Wilfred se encontraba en el primer

piso y el joven subió la escalera bajo la mirada incrédula de las mujeres. No podían comprender que el joven conservara la calma hasta aquel punto dado la escabrosa situación en que se hallaban.

Wilfred penetró tranquilamente en su aposento y cerró la puerta a sus espaldas echando el pestillo interior, después de accionar el interruptor de la luz.

Se volvió y fue entonces cuando lo vio.

Se quedó petrificado porque unos ojos brillantes, malignos, lo miraban desde el lecho.

El enorme perro lobo se encontraba sobre la cama y lo miraba fijamente con unos ojos que parecían humanos, al tiempo que enseñaba los afilados colmillos gruñendo y disponiéndose a iniciar el salto sobre él.

A Wilfred le pareció sentir ya los fríos y agudos colmillos clavándose despiadados en su garganta.

CAPÍTULO 5

Wilfred no tuvo la menor duda de que aquel perrazo era *Fliky*. Él mismo había comprobado la muerte del fiel lobo de Víctor Daugherty y colaboró a meterlo en la fosa, por lo tanto estaba completamente seguro de su muerte.

Y sin embargo, allí estaba *Fliky* frente a él disponiéndose a seccionarle la yugular lo mismo que hizo con Heywood y el chófer Billy. Su mismo pelaje, las manchas oscuras, el hocico… Era *Fliky* sin ninguna duda.

Wilfred se mantuvo inmóvil porque sabía que de su inmovilidad dependía quizá su vida.

Recordó que conservaba la pistola en el bolsillo trasero del pantalón, pero no hizo el menor movimiento por sacarla. Perdería unos segundos en hacerlo y para entonces ya tendría al lobo clavándole los colmillos en la garganta.

El perro seguía gruñendo amenazador.

Entonces se percató Wilfred de algo extraño en la mirada del animal.

El brillo de sus pupilas era opaco, como sin vida y parecían mirar hacia un punto determinado dando la sensación de que no podían ver lo que se encontraba frente a él.

Wilfred comenzó a moverse lentamente hacia un lado.

Al principio, *Fliky* continuó mirando al frente sin seguirlo con la mirada y el joven tuvo la certeza de que aquel perro no poseía una visión clara. Podía estar rabioso y aquello disminuía sus facultades visuales. En cambio, si la suposición de Wilfred era cierta, lo convertía en un peligro aún mayor.

El joven abogado continuó desplazándole con lentitud.

Fliky emitió un gruñido mayor que los anteriores y flexionó las piernas delanteras saltando.

¡Wilfred lo vio venir con la descomunal boca abierta, mostrando

los agudos colmillos!

En el último instante saltó Wilfred de costado y el animal pasó por su lado como una exhalación yendo a chocar contra la pared del fondo a causa de su propio impulso.

El joven disponía de escasos segundos y tenía que aprovecharlos.

Atenazó el respaldo de una silla y la enarboló sobre su cabeza aguardando la segunda acometida del perro.

Fliky estaba ahora a menos de dos metros y continuaba con las fauces abiertas y llenas de abundante espuma sanguinolenta. Se disponía a atacar de nuevo.

Wilfred esperó con los músculos en tensión sabiendo que no podía fallar con la silla cuando el perro decidiera lanzarse otra vez al ataque. Un fallo, una vacilación, bastaría para que aquellos horribles colmillos se hundieran en su cuello.

Recordó los mutilados cadáveres de Heywood y Billy.

No, él no se dejaría cazar tan fácilmente por aquel diabólico ser procedente de ultratumba.

Fliky saltó de nuevo sobre él.

Wilfred esperó hasta sentir casi el fétido aliento del animal y entonces bajó los brazos estrellando la silla contra el cuerpo enorme y peludo.

Sintió un aullido de dolor y tuvo que saltar con presteza hacia atrás eludiendo por centímetros la dentellada. Los dientes se cerraron con brusco chasquido en el aire.

A pesar del tremendo testarazo recibido, *Fliky* no daba la impresión de hallarse en dificultades y Wilfred se apartó atónito del animal corriendo en dirección a los ventanales.

El perro cruzó la habitación en increíble salto y Wilfred tuvo la convicción de que todo había sido para nada. Aquel maldito lobo acabaría cortándole el cuello en salvaje dentellada de sus agudos colmillos cortantes como una navaja.

Instintivamente se zambulló sobre la alfombra.

Fliky pasó por encima de él y su cuerpo fue a estrellarse contra el ventanal haciéndolo añicos y cayendo al exterior envuelto en una nube de trocitos de cristal.

Wilfred permaneció unos segundos aturdido en el suelo con el cuerpo cubierto de cristales. Al fin suspiró aliviado incorporándose de un salto.

Su primera reacción fue asomarse a la ventana que daba a la explanada delantera de la mansión.

Frunció el ceño intrigado porque lógicamente el cuerpo de *Fliky* debería estar sobre la arena del suelo. La altura no era demasiado considerable, pero incluso un perro tendría que haberse roto algún hueso al saltar y más teniendo en cuenta el tremendo encontronazo con el ventanal.

¡No obstante, *Fliky* había desaparecido!

No tuvo tiempo de seguir pensando en el insólito caso porque la puerta de la habitación era aporreada frenéticamente desde el exterior y Diana lo llamaba angustiosamente.

Wilfred se sacudió los cristales y franqueó la entrada.

Toda la familia Daugherty irrumpió de lleno en el interior de la estancia y se quedaron mirándolo con una mezcla de terror y extrañeza en las pupilas.

Diana lo cogió vehemente por los brazos.

—¿Estás bien, Wil?

—Tranquilízate, Diana, me encuentro bien.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Paul después de lanzar una mirada hacia el destrozado ventanal.

—Recibí una visita molesta —sonrió el joven—. *Fliky* me estaba esperando con malévolas intenciones.

Wilfred leyó el profundo estupor en los ojos de todos.

—¿Está seguro? —Quiso saber Alex.

—Si ese perro no es *Fliky*, es su hermano gemelo —aseguró Wilfred, escrutando la reacción de la familia Daugherty—. El parecido es asombroso.

Paul comprobó los destrozos del ventanal y miró también al exterior como si esperase ver el cuerpo del perro. Luego se giró hacia Wilfred preguntando:

—¿Conserva su pistola, Wilfred?

—Sí.

—¿Por qué no la utilizó?

El muchacho rió sarcástico.

—Le haré la misma pregunta si tiene la suerte de recibir la visita de ese animal, Paul.

Marjorie estalló de pronto en convulsos sollozos apoyando la cabeza en el pecho de Edward que rodeó con el brazo los hombros

de su esposa.

—¡Ese perro acabará con todos nosotros! —hipó Marjorie.

—Calma, nena, calma —dijo Edward, palmeando cariñoso el brazo de su mujer—. Permaneceremos todos juntos de ahora en adelante. *Fliky* no podrá causarnos daño alguno.

—Deberíamos irnos de aquí, Ed.

—Yo opino igual que Marjorie —apoyó la madre de Diana con las facciones desencajadas—. Al menos hasta que alguien consiga acabar con el perro.

Las pupilas de Alex Daugherty brillaron coléricas.

—Nadie abandonará la casa —dijo tajante.

—Pero, Alex —insistió Helen—. Es absurdo que nos expongamos a ese peligro tan atroz.

—He dicho que nadie saldrá de aquí, Helen.

Se hizo un silencio entre los presentes y lo rompió Paul mirando inquisitivo a Wilfred.

—¿Empieza a dar crédito a nuestra teoría, Wilfred?

—No creo que nadie pueda volver del Más Allá.

—¿A pesar de haber visto a *Fliky* con sus propios ojos? —inquirió Paul con cierto destello burlón en las pupilas—. Marjorie pudo equivocarse, pero usted es un testigo excepcional. Posee la suficiente serenidad como para conservar la calma en un momento de extremo peligro y aseguró que era *Fliky*.

—Ahora ya no estoy tan seguro.

—¿No?

—Admito que el parecido es total, pero aun así dudo de que sea realmente él.

—¿Por qué?

—En primer lugar porque ya he dicho que no creo en el regreso de la materia muerta y en segundo, porque yo mismo comprobé cómo se enterraba a ese perro.

—Mi padre dominaba el espiritismo, Wilfred.

—¿Y qué?

—Su alma puede estar reencarnada en *Fliky*. No olvide la extraña petición de que el cuerpo del perro fuese depositado sobre su propio ataúd.

Wilfred compuso una mueca desdeñosa.

—No diga estupideces, Paul. Comprendo que Edward esté

alucinado con esa idea absurda, pero usted ha cursado estudios y tiene una inteligencia cultivada.

—Precisamente por eso. En el mundo existen extrañas evidencias que los mismos científicos no han podido descifrar aún. ¿Pretende ser más listo que ellos, Wilfred?

—La mayoría de esas *extrañas evidencias* como usted las llama, han sido explicadas por gente inculta de pueblos atrasados y por lo tanto muy dados a las supersticiones.

—¿Ha leído a Allan Kardec, Wilfred?

—No.

—Kardec da fe de algunos fenómenos paranormales basados en la reencarnación.

Wilfred entornó los párpados mirando atentamente a Paul. Los restantes miembros de la familia se hallaban pendientes de la discusión y lo único que conseguiría Paul sería fomentar el terror que anidaban, convirtiéndolo en pánico colectivo.

Comprendiendo eso, Wilfred habló lento y claro al preguntar:

—¿Dice Kardec que un muerto puede reencarnar en el cuerpo de un perro y sobre todo, cometer varios asesinatos?

Paul no respondió enseguida. Se quedó mirando al muchacho y pareció adivinarle la intención.

—Desde luego, eso no lo dice en ninguna parte de su obra.

Wilfred se disponía a continuar hablando, cuando de pronto se escuchó un aullido prolongado y escalofriante, que penetró como una ráfaga de viento helada por el ventanal roto.

Varios de los presentes corrieron al hueco pasados los primeros instantes de estupor.

Pudieron contemplar a *Fliky* en el borde de la iluminada piscina, con el cuerpo fosforescente y las mandíbulas abiertas en dirección a ellos, lanzando prolongados aullidos que les puso el vello de punta.

—¡Es un diablo! —musitó Helen aterrada.

—¡Vete, por favor, padre! —gritó fuera de sí Edward aferrado con desesperación a los restos de la destrozada ventana.

Wilfred giró la cabeza contemplándolo apenado.

Edward Daugherty no resistiría mucho antes de perder la razón por completo.

Fliky continuaba allí lanzando los espeluznantes aullidos que se convertían en latentes amenazas de horrible muerte para todos

ellos. Parecía desafiarlos con su siniestra presencia.

Paul sacó la pistola y apuntó cuidadosamente.

Todos contuvieron incluso la respiración durante los interminables segundos que tardó Paul en disparar.

El estampido atronó la estancia volviéndolos a la realidad.

Fliky dejó de aullar, pero no dio muestra de haber sido alcanzado por la bala.

Durante unos instantes siguió mirando hacia ellos y luego inició la marcha en dirección a la oscuridad cercana de los parterres. Caminaba sin prisas, ligeramente encorvado su enorme cuerpo y el rabo retorcido entre las patas traseras.

Paul vació el cargador en disparos consecutivos y frenéticos.

Luego se quedó mirando la inútil pistola con el ceño fruncido.

—Juraría que le he dado —murmuró atónito.

El perro lobo acabó de desaparecer por entre los parterres.

—Resulta evidente que no ha sido así —comentó Wilfred.

—Me considero un buen tirador de pistola. No comprendo…

—Es posible que por la mañana encontremos al perro muerto en cualquier lugar.

Pero Wilfred sabía que no iba a ser así.

Las muertes continuarían si no lograban desentrañar la maraña de aquel tenebroso misterio.

CAPÍTULO 6

El cuerpo de *Fliky* no apareció al día siguiente a pesar de la búsqueda exhaustiva que practicaron los Daugherty por los contornos de la mansión. Ni tampoco en los sucesivos.

Se dio sepultura a los cadáveres de Heywood y Billy con una sencilla ceremonia en el seno de la familia.

Al perro lobo parecía habérselo tragado nuevamente la tierra.

Los días fueron transcurriendo en completa normalidad y los ánimos retornaron lentamente serenando a los componentes de la familia Daugherty.

La carencia de hechos trágicos contribuyó incluso a que Edward y Marjorie, que parecían los más afectados por aquella alucinante noche vivida, adquiriesen su habitual personalidad y pudiesen convivir normalmente con los restantes familiares.

Poco a poco, la tranquilidad imperó otra vez en la mansión.

Aunque la tensión persistía en el interior de cada uno, en forma de un extraño desasosiego, se esforzaban en aparecer serenos, pero en algunas ocasiones no lo conseguían plenamente.

En la mañana del octavo día, Wilfred decidió ir a Torlins City.

Se encontraba en el garaje revisando concienzudamente su automóvil cuando escuchó pasos a su espalda y se giró a medias viendo venir a Alex Daugherty.

El mayor de los miembros de la familia se detuvo a su lado y lo miró ceñudo.

—¿Qué está haciendo, Wilfred?

—¿No lo ve? Estoy revisando el coche para ir a Torlins City.

—Mi orden es que nadie abandone la colina —recordó frío Alex —. Y sigue vigente.

Wilfred apretó los maxilares súbitamente enfurecido.

—¿Quién diablos se ha creído que es, Alex? Tengo que ir a solventar unos asuntos en el pueblo y pienso hacerlo a pesar de

todo.

—¿Qué tipo de asuntos?

—Eso es cuenta mía.

—Y nuestra también. No olvide que yo asumí la responsabilidad del grupo.

—Conmigo no cuenta, Alex. No pertenezco a su familia… afortunadamente.

Alex Daugherty frunció el ceño dando un paso adelante.

—¿Qué trata de insinuar?

Wilfred se encogió de hombros displicente.

—Sencillamente, que no me gusta usted ni su familia. Cuando cumpla el plazo fijado leeré el testamento y luego desapareceré de sus vidas. Y créame, sentiré un gran alivio.

—Así de sencillo, ¿no?

—Exacto.

—Y las muertes de Heywood y Billy… ¿supone que quedarán en la impunidad?

—Ustedes se negaron a avisar a la policía. Según creo tienen una fantástica explicación para ellas, ¿no?

—Es una explicación más real de lo que usted supone.

Wilfred hizo una mueca burlona. Habló suave:

—¿Me permite dudarlo?

Alex lo miró largo rato en silencio. Luego dijo:

—Le prohíbo ir a Torlins, Cowpens.

Wilfred continuó en el mismo tono burlón.

—¿Cómo piensa prohibírmelo? ¿Utilizando la fuerza?

—Si es necesario…

—No se lo aconsejo, Alex —en el tono de voz repentinamente gélido de Cowpens vibró una velada amenaza—. Sólo conseguiría empeorar las cosas y al fin iría igualmente al pueblo.

Una nueva pausa silenciosa y la rompió de nuevo Alex Daugherty mascullando torvo:

—Voy a darle un consejo, Cowpens —lo señaló con el índice extendido—. Regrese antes del anochecer y sobre todo olvídese de relatar lo ocurrido a la policía. A nadie le interesan las cuestiones internas de los Daugherty.

Wilfred arqueó las cejas acentuando el tono burlón de sus hirientes palabras.

—Parece tener un interés inusitado en que la policía no se entere de nada, ¿eh, Alex?

Alex Daugherty no replicó. Se limitó a mirar con ira al joven y después soltó un resoplido girando sobre los talones y saliendo del garaje a grandes zancadas.

Wilfred prosiguió revisando el automóvil. Dedicó especial atención a los frenos examinándolos cuidadosamente. No deseaba sufrir un *accidente* como el de Víctor Daugherty.

Minutos después maniobraba con el coche sacándolo al exterior.

Diana lo esperaba junto a la puerta y por su atuendo dedujo Wilfred que ella también abandonaba la colina. Vestía unos pantalones ajustados y una blusa camisera que moldeaba perfectamente el cuerpo pletórico de la joven.

—¿Adónde vas, Wil?

—A Torlins. Tengo algunos asuntos por resolver.

—Te acompaño.

Wilfred la miró sonriente.

—¿Has pedido permiso a tu padre?

—No lo necesito, Wil —dijo la chica abriendo la portezuela e instalándose junto a él—. Tengo ya veinticuatro años, ¿no lo recuerdas?

Wilfred la miró de soslayo y por la entreabierta blusa vio el inicio turbador del juvenil y turgente busto. Sacudió la cabeza al tiempo que murmuraba:

—Tú te encargas de recordármelo, muchacha.

El coche se puso en marcha y poco después comenzaba a descender por la pronunciada pendiente.

* * *

Wilfred y Diana pasaron todo el día en Torlins City.

Diana dijo que tenía que hacer unas compras y se marchó apenas el joven detuvo el coche en la plaza principal del pequeño pueblo. Quedaron en reunirse para comer al mediodía en el restaurante de Wallace, el mejor de los tres con que contaba Torlins.

A Wilfred le gustó quedarse solo porque tenía unas gestiones

importantes por realizar y la compañía de Diana le hubiese resultado embarazosa.

Lo primero que hizo fue poner una conferencia de larga distancia y pasarse más de veinte minutos hablando con una persona a la que consideraba un amigo íntimo.

Luego estuvo ocupado en distintas cosas y al filo del mediodía se reunió con Diana en el restaurante de Wallace. La muchacha llevaba algunos bultos que dejaron en el interior del auto.

Ambos jóvenes comieron con apetito y finalizando los postres dijo Diana:

—Necesitaba salir de aquella casa, aunque sólo haya sido unas horas. El ambiente está enrarecido allí y hasta parece que el aire se ha densificado.

Wilfred levantó la cabeza mirándola a los ojos.

—Es muy posible que la mansión de los Daugherty pase a ser de tu propiedad después de la lectura del testamento.

La muchacha lo miró sorprendida.

—No lo creo, Wil. Lo lógico es que mi abuelo reparta sus propiedades entre sus hijos.

—Tu abuelo te quería a ti por encima de los demás.

—Aun así, no lo creo. No sería justo.

Un individuo de grueso abdomen y tosco aspecto se acercó a ellos sonriendo con cierto servilismo en sus torpes ademanes.

—¿Cómo van las cosas, señorita Daugherty?

—Hola, Geo. Todo sigue bien.

Geo Bancroft clavó ahora sus ojillos en el joven Cowpens y enseñó unos dientes amarillentos sin cesar de sonreír.

—Estuvo muy ocupado toda la mañana, ¿verdad, señor Cowpens?

—Así ha sido, *sheriff*.

—¿Asuntos pendientes de resolver?

—En efecto.

—Hizo una llamada de larga distancia, ¿no?

Wilfred frunció las cejas mirando interesado al representante de la ley en Torlins.

—Tiene un buen servicio de información, ¿eh, *sheriff*?

—Bueno… —carraspeó embarazosamente Bancroft—. En un pueblo pequeño como Torlins todo se sabe, ¿comprende?

A Wilfred nunca le había gustado aquel tipo.

Endureció las facciones y sus palabras sonaran frías cuando preguntó directamente:

—¿Ha estado siguiéndome, Bancroft?

El *sheriff* emitió una repentina tosecilla y su ancho rostro se coloreó visiblemente.

Simuló sorpresa al responder:

—¿Por qué tenía que hacerlo, señor Cowpens?

—Eso mismo me estoy preguntando yo, ¿por qué?

Hubo una pausa y Wilfred la aprovechó para ponerse en pie y cambiar una sonrisa con Diana.

—¿Nos vamos?

Ambos jóvenes abandonaron el restaurante dejando al *sheriff* prácticamente con la boca abierta.

Una idea comenzaba a fraguarse en la mente de Wilfred y el *sheriff* Geo Bancroft no era del todo ajena a ella.

CAPÍTULO 7

Cathy se contempló largo rato en el espejo y sonrió halagada por la imagen que veía. Era hermosa, ¿por qué no iba a reconocerlo si más de un hombre se lo había murmurado al oído en los momentos de éxtasis que ella misma provocó?

Su matrimonio con Paul Daugherty constituía un rotundo fracaso.

En realidad, Paul la había defraudado.

Contrajo matrimonio convencida de que aquel hombre que la aventajaba considerablemente en edad, llenaría por completo sus voluptuosos deseos. Unos deseos que ardían constantemente en lo más profundo de su ser consumiéndola por dentro.

Pronto se dio cuenta de que no sería así.

Paul era un hombre frío y calculador. Incluso en los momentos íntimos del matrimonio nunca llegaba a entregarse totalmente a las peticiones ardientes de ella.

Cathy tuvo que aparentar resignación y se dedicó a flirtear con otros hombres más jóvenes y ardorosos que su marido, cada vez que tenía ocasión.

Ahora se encontraba nerviosa porque llevaba demasiados días encerrada en aquella maldita casa.

Hizo una mueca de disgusto ante el espejo y se desprendió de la fina bata que cubría sus hombros. Quedó desnuda ante el espejo y pudo comprobar con íntima satisfacción que sus formas exuberantes continuaban siendo de extraordinaria belleza.

Encogió los hombros con desgana dirigiéndose al cuarto de baño.

Al entrar en el pequeño recinto le pareció escuchar el rumor de voces apagadas y se detuvo agudizando el oído.

Procedían de una diminuta claraboya con cristales en forma de persiana, situada junto al techo del cuarto de baño. Aquella

pequeña ventana comunicaba con un respiradero de la casa, al que daban otras aberturas de distintas habitaciones.

El instinto femenino hizo que Cathy deseara enterarse de lo que se estaba hablando.

Escuchó unos segundos conteniendo la respiración y de pronto sintió una sacudida de pavoroso terror que recorrió su columna vertebral como un latigazo.

¡Una de las voces correspondía a su suegro Víctor Daugherty!

No había tratado en demasía a su suegro, pero sí lo suficiente para no tener dudas de que aquélla era su voz. Una voz profunda, grave y de suaves matices.

—Todos van a morir —decía aquella voz que parecía venir de las profundidades de una tumba—. Todos los miembros de mi familia tienen que acompañarme en mi largo viaje a las tinieblas.

—El espíritu de *Fliky* actuará de nuevo —respondió otra voz que Cathy no pudo reconocer.

—Edward es el marcado en siguiente lugar —decía la voz de Víctor Daugherty con una frialdad terrorífica—. Deseo ardientemente verlo con la garganta destrozada.

Cathy sintió que las piernas le fallaban y tuvo que sujetarse a uno de los toalleros para mantenerse en pie.

¡Aquello no podía ser cierto!

¡Era… era monstruoso que un cadáver pudiese regresar de la tumba y planear con frialdad impresionante el asesinato de sus propios hijos!

Su mente no podía admitir una cosa tan horrenda.

Sintiendo temblar convulsivamente todo su ser abandonó el cuarto de baño caminando como una sonámbula por la habitación, con el rostro atravesado por feas arrugas.

Y de pronto se quedó petrificada.

La imagen que tenía ante su vista, clavada en el centro de la habitación, era aún más monstruosa y terrorífica que la conversación escuchada a través de la pequeña claraboya.

Instintivamente se llevó las manos a la garganta y quiso lanzar un alarido de horror.

Las cuerdas bucales se agarrotaron negándose a obedecer la imperiosa orden transmitida por el cerebro. Cathy quiso entonces retroceder y tampoco las piernas obedecieron. No obstante

encontrarse al borde del paroxismo, Cathy tuvo la total certeza de que iba a morir sin que nada pudiese evitarlo.

Los agudos dientes rozaban ya su garganta y al fin pudo gritar Cathy estremecido todo su desnudo cuerpo por el infinito horror que la embargaba.

Gritó de forma inhumana con todas las fuerzas de sus pulmones.

La boca de afilados dientes se hundió con salvaje brusquedad en la blanca epidermis y la sangre brotó.

El alarido fue segado en seco.

Cathy cayó de rodillas y luego resbaló de costado quedando inmóvil sobre el charco de sangre que empezaba a formarse manando a borbotones de la seccionada yugular.

* * *

Alex Daugherty apretó los maxilares lívido el semblante y desvaída la mirada.

Su hermano Paul cayó sentado en un sillón y desde allí contemplaba con morbosa fijeza los restos de la que en vida fue su joven y bella esposa.

Edward paseaba enloquecido por la estancia con una mueca de grotesco histerismo plasmada en las facciones.

Wilfred Cowpens era tal vez el más sereno de los cuatro hombres que se encontraban en la habitación. Las mujeres se quedaron en el salón del piso inferior obedeciendo una orden tajante de Alex.

Paul sujetaba la cabeza entre las manos preguntando con desesperación:

—¿Por qué, Dios mío, por qué?

—Calma, Paul —aconsejó suave Wilfred—. Nada conseguirá poniéndose histérico.

Edward pareció dar la impresión de que aguardaba el menor ruido para estallar, perdido por completo el dominio de sus nervios.

—¡Ha sido papá! —aulló desorbitados los ojos—. ¡Yo escuché su propia voz hace unos minutos!

Los otros tres lo miraron con tristeza.

Era evidente el desequilibrio mental del menor de los Daugherty y se podía leer con claridad en los raros ademanes y la desquiciada

mirada de Edward.

—Nuestro padre ha muerto —recordó con voz apenas audible Paul desde el sillón.

—¡Ha vuelto de la tumba! —siguió gritando enloquecido Edward—. ¡Él tenía poderes para hacerlo!

—Eso es imposible, Ed —dijo Wilfred profundamente impresionado a su pesar.

Edward se revolvió clavando la llameante mirada en el joven.

—¿Imposible? ¡Yo escuché su voz! ¡Era su voz!

Alex vino junto a su hermano cogiéndolo por los hombros.

—¿Cuándo escuchaste su voz, Ed?

—Estaba en mi cuarto. Fue poco antes de escuchar el horrible alarido de Cathy. Parecía venir del fondo de la tumba y aseguró que todos íbamos a morir… ¡Era él, Alex, estoy seguro!

—¡No puede ser él, Ed! —rebatió Alex contagiándose del nerviosismo de su hermano—. ¡Está muerto!

—¡Es un alma maldita y ha regresado. Ha regresado para acabar uno a uno con todos nosotros! —Mientras gritaba desaforado, Edward se debatía como un demente entre los brazos férreos de Alex—. ¡Yo huiré ahora mismo! ¡No quiero estar aquí!

Alex movió la diestra con rapidez abofeteando a su hermano.

Edward dio la impresión durante breves segundos que iba a arrojarse sobre Alex, pero al fin empezó a sollozar de forma patética y Wilfred contrajo los labios molesto.

Súbitamente Edward se desprendió de las manos de Alex y de su garganta brotó un gutural sonido.

Emprendió una loca huida antes de que pudiesen sujetarlo.

Alex hizo intención de seguirlo y Wilfred se interpuso cogiéndolo por el brazo.

—Será mejor que se desahogue, Alex. A Ed le está haciendo falta llorar un buen rato.

—Wilfred tiene razón, Alex —dijo Paul incorporándose del sillón y acercándose al cuerpo de su esposa.

—No quiero que abandone la casa —dijo con terquedad Alex.

—En el estado en que se encuentra no creo que lo haga —aseguró el joven—. Se refugiará en cualquier rincón y dará rienda suelta a la angustia que lo está ahogando.

Pero Wilfred se equivocaba en una cosa.

Edward cruzó enloquecido el salón donde se hallaban las mujeres sin responder a ninguna de las vehementes preguntas que le formularon al pasar.

Se dirigió al garaje obsesionado con la idea de huir.

Y segundos después todos pudieron escuchar el alarido infrahumano que brotó de su garganta, al encontrarse con la muerte que lo esperaba agazapada en el garaje.

CAPÍTULO 8

Después de enterrar los cuerpos de Cathy y Edward en el pequeño cementerio, sin ninguna clase de funeral, la familia Daugherty se reunió en el salón de la gran mansión.

—Esto ha ido demasiado lejos —dijo Wilfred, paseando la mirada por los miembros de la diezmada familia—. Incluso para un perro revivido, cuatro muertes son demasiadas. Insisto en que la policía debe hacerse cargo del asunto.

—No —gruñó Alex, que se encontraba no obstante meditativo.

—¿Por qué? —Quiso saber Wilfred—. Desde las muertes de Heywood y Billy hasta las de Cathy y Edward han transcurrido muchos días y nada se ha adelantado, Alex. ¿Por qué ese empeño en oponerse a una investigación de la policía?

—No quiero que nadie ajeno a nosotros intervenga.

—Esa posición es absurda.

Paul paseaba por el salón con las manos colgando a ambos lados del cuerpo y la barbilla hundida en el pecho. Se detuvo mirando fijamente a Wilfred.

—Yo apoyo la posición de mi hermano —dijo grave—. Nadie intervendrá en nuestros asuntos.

—Su esposa Cathy ha muerto, Paul. Usted debería ser el primer interesado en esclarecer lo ocurrido.

—Todos sabemos lo ocurrido.

—Yo no.

—Aún sigue sin querer dar crédito a la verdad, ¿eh, Wilfred? —inquirió Alex mirándolo brillantes las pupilas—. Es curioso que usted sea el único de entre todos nosotros que se resista a creer la horrenda verdad que estamos viviendo.

—Yo tampoco creo en muertos que regresan de la tumba —intervino Diana hablando con firmeza.

Su padre se revolvió fulminándola con la vista.

—¡Tú te callas!
—El abuelo no haría una cosa así —protestó Diana sin hacer caso a la orden de su progenitor.
Su madre le pasó el brazo por los hombros obligándola a sentarse de nuevo.
—Por favor, Diana —suplicó—. No discutas con tu padre.
—Confieso que me encuentro confundido —confesó Wilfred pensativo—. Edward parecía sincero al afirmar que había escuchado la voz de Víctor Daugherty. No había motivos para que dijera eso, al menos que su imaginación y el terror que lo dominaba le jugaran una mala pasada y todo fuera una alucinación.
—Edward decía la verdad —afirmó Marjorie poniéndose en pie pálida como una muerta—. Yo estaba a su lado cuando escuchamos la voz. Puedo asegurar que era la de mi suegro.
Todas las miradas convergieron atónitas en ella.
—¿Por qué no dijiste eso antes?
—Ed me pidió que no lo hiciera, Paul. Ahora es inútil que siga ocultándolo.
Wilfred se aproximó a ella despacio.
—¿Está segura de que era la voz de Víctor Daugherty, Marjorie?
—Completamente.
—Piense en que ustedes podían hallarse afectados por la tensión de los horribles momentos que estamos viviendo, Marjorie. ¿No es posible un error de apreciación?
—Le ha dicho que está segura, Wilfred —cortó seco Alex.
—Deje que sea ella quien responda.
—¿Quién se ha creído que es usted para atosigamos con preguntas, picapleitos?
Wilfred se giró mirándolo con frialdad impresionante.
—Estoy harto de sus intemperancias, Alex. Siga por ese camino y le aseguro que tendrá la paliza más fenomenal de su vida. Es la última vez que le aviso.
En el silencio que siguió, el rostro de Alex Daugherty se coloreó intensamente y por unos instantes pareció que iba a abalanzarse contra Wilfred. Luego lo pensó mejor y se dirigió al mueble bar sirviéndose una generosa ración de *whisky* y vaciándola de un trago.
Wilfred se volvió de nuevo hacia Marjorie.
—¿No pudo equivocarse, Marjorie?

—No, Wilfred. Habían pasado más de dos semanas desde que murió Heywood y tanto Edward como yo creíamos que ya no existía peligro para nosotros. Nos encontrábamos completamente tranquilos cuando escuchamos la voz procedente del respiradero. Ahora Ed…

La voz de Marjorie se ahogó en un sollozo y Wilfred le puso la mano en el hombro con afecto.

—Llorar un poco le hará bien, Marjorie.

Diana se puso otra vez en pie y se acercó a Wilfred mirándolo intensamente a los ojos.

En la firmeza de su mirar adivinó el joven que la muchacha había tomado una súbita decisión incluso antes de que ella comenzase a hablar.

También comprendió que estaba firmemente decidida a llevarla a cabo a pesar de la palidez de sus mejillas.

—Yo… quiero demostrar que esos crímenes no pueden ser obra del abuelo, Wil.

El joven no pudo evitar un respingo de asombro.

—¿Tú…? ¿Cómo?

—Ahora es de noche —comenzó a decir Diana—. Voy a bajar y me pasearé por la piscina y la pista de tenis. Esperaré a que salgan y podré hablar con cualquiera de los dos. Tanto el abuelo, como *Fliky*, me querían más que a nada en el mundo.

Alex vino a grandes zancadas junto a su hija y alargó la mano atenazándola por el brazo.

—¡Te prohíbo que hagas eso! —rugió.

—¡Por Dios, Diana, no seas loca! —suplicó Helen muy abiertos los ojos.

—No me causarán daño alguno —afirmó Diana segura de sí misma—. Me querían mucho.

—¡No saldrás! —Siguió oponiéndose Alex—. Lo evitaré aunque sea lo último que haga en la vida.

Y al decir esto último miró desafiante a Wilfred.

—Yo opino igual que tu padre, Diana —dijo éste—. Lo que deseas hacer es demasiado arriesgado.

—Es una forma de demostrar la inocencia del abuelo. No quiero que se remueva indignado en su tumba por las infamias que están echando sobre su nombre.

—Tu muerte no demostraría nada, Diana —trató de razonar Wilfred—. En caso de llevar razón estarías en peligro de muerte desde el momento en que abandonaras la casa.

—Hay una cosa que no puedo comprender —intervino Paul que llevaba un buen rato ensimismado en sus propios pensamientos—. Sé que mi padre era un defensor del espiritismo y que en varias ocasiones manifestó su intención de darnos pruebas de la existencia del Más Allá una vez muerto. ¿Pero por qué de una forma tan cruenta? Jamás creí que pudiese odiarnos hasta ese extremo.

—Padre nos despreciaba —dijo su hermano Alex—. Ahí se acababan sus sentimientos hacia nosotros. Se mantenía distante y nunca escuchaba con interés los problemas que le planteábamos. Nos ayudaba económicamente como puede ayudarse a cualquier mendigo que llame a nuestra puerta, pero no nos odiaba, Paul.

—Entonces… ¿dónde está la razón de estos asesinatos?

Wilfred arqueó las cejas escrutando las facciones de ambos hermanos. En el tono de voz de los dos, latía una patética desesperación tan real que tiraba por tierra todas sus suposiciones.

Su mente se hallaba inmersa en un caos de confusión.

Y entonces fue cuando decidió jugar su baza, sin perder de vista la reacción de todos los presentes.

—Yo puedo decir algo respecto a eso.

Los dos hermanos lo miraron perplejos.

—¿Usted?

—Poseo pruebas palpables de que Víctor Daugherty fue asesinado. Me las facilitó Billy antes de morir.

—¿Qué clase de pruebas?

—Se las mostraré a la policía cuando ustedes se decidan a avisarlos.

Alex frunció las cejas incrédulo.

—¿Es un truco, Wilfred?

—Estoy hablando en serio y lo que digo es la pura verdad. Los frenos del auto de su padre fueron estropeados intencionadamente para que fallaran al descender la pendiente.

—Debe entregarnos esas pruebas a nosotros si es que existen —pidió Paul—. Somos los hijos de Víctor Daugherty.

—No, Paul.

—¡Nos las va a entregar enseguida, Wilfred! —Se impacientó

Alex colérico.

—Repito que sólo las entregaré a la policía.

—Pero… esas pruebas pueden conducirnos al asesino —dijo Paul—. Quizá la cólera de mi padre se aplaque si el asesino paga su culpa, Wilfred.

El joven abogado fijó las pupilas en él durante largos segundos. Después hizo una mueca dando a entender que le tenían sin cuidado las creencias absurdas de Paul.

—Voy a poner en práctica la idea de Diana —decidió de pronto —. Me parece que puede ser buena.

Alex se interpuso brillantes de ira los ojos.

—¡Mi hija no abandonará la casa!

Wilfred emitió una risita irónica.

—Introduciré una variante en el plan —dijo despacio—. Seré yo el que salga al exterior en busca de ese perro.

Diana se acercó al joven solicitando:

—Por favor, Wil, déjame ir contigo.

Pero en aquel instante sucedió algo inesperado.

Marjorie se había ido acercando a la puerta de salida y empuñó el tirador volviéndose a los demás.

—La vida no tiene objeto para mí faltándome Ed. Pasearé por el exterior y sólo espero que *Fliky* venga a mi encuentro.

Después de estas rápidas palabras, abrió la puerta y desapareció tragada por la oscuridad.

Todos quedaron inmóviles por el asombro que les produjo el inesperado gesto de valor en la hermosa Marjorie.

Wilfred reaccionó lanzándose en pos de ella al tiempo que sacaba la pistola del bolsillo.

También Paul corrió hacia la salida.

Ya bajo el umbral se giró mirando a Alex.

—Quédate con las mujeres, Alex. Wilfred y yo trataremos de localizar a Marjorie y ayudarla.

CAPÍTULO 9

La oscuridad impenetrable envolvió a Wilfred Cowpens al alejarse de la casa en dirección a la piscina y el joven empuñó decidido la pistola tratando de acostumbrar las pupilas a las densas sombras que lo rodeaban.

Sintió pasos a sus espaldas y se volvió alerta los sentidos.

Paul llegó a su lado armado también con la pistola.

—¿Hacia dónde fue Marjorie?

—No lo sé, Paul.

—Será mejor que nos separemos y busquemos cada uno por un lado. ¿No le parece?

—De acuerdo.

—¿De dónde habrá sacado el valor esa mujer?

—Quizá obró impulsada por la misma desesperación. Nunca sabemos cómo vamos a reaccionar en un caso como éste. Yo iré por el lado de la piscina y encenderé los focos.

—Está bien. Nos encontraremos en la pista de tenis.

Ambos hombres se separaron sin agregar más palabras.

Wilfred caminó despacio acercándose al panel desde donde se accionaban las luces que iluminaban la piscina y la pista de tenis. Todos sus músculos permanecían en tensión porque sabía que la muerte podía estar acechando en cualquier lugar.

Llegó al interruptor y alargó la zurda accionándolo.

Las luces continuaron apagadas y Wilfred imprecó una maldición entre dientes. Alguien se le había adelantado inutilizando los fusibles o cortando los cables.

Tendría que seguir adelante en la oscuridad.

Contorneó cauteloso la piscina viendo brillar el agua a su izquierda.

No había el menor rastro de Marjorie por ninguna parte y Wilfred tuvo que dejar atrás la piscina adentrándose por entre los

parterres que conducían a la pista de tenis.

De pronto respingó sobresaltado porque una voz cercana musitaba su nombre.

—Wilfred… Wilfred…

El joven se dejó caer sobre el arenado sendero procurando localizar el lugar desde donde procedía la voz.

—¿Quién está ahí? —inquirió quedo.

—Soy yo, Wilfred, ¿no me reconoces?

Cowpens sintió que se le erizaban todos los cabellos porque bruscamente reconoció la voz que le hablaba. Durante unos segundos permaneció mudo de estupor incapaz de articular palabra alguna ni de realizar el menor movimiento.

Porque aquella voz…

¡Era la de Víctor Daugherty!

En su interior comprendía que aquello no podía ser cierto, sin embargo, había trabajado infinidad de días junto al viejo jefe de la familia y no había lugar al error. Por extraño e increíble que pareciese… ¡Aquella voz correspondía a Víctor Daugherty!

Había visto su cadáver después del accidente. Víctor Daugherty estaba muerto con toda seguridad.

No obstante su voz decía en aquellos momentos:

—Wilfred…, contesta.

—¿Qué… quiere? —Pudo articular trabajosamente el joven.

—Tienes que sacar de aquí a Diana. No quiero que sufra la misma suerte que los otros.

—¿Por qué hace todo esto?

—Ellos me asesinaron. El propio Billy te lo dijo. Diana es una criatura inocente y no debe morir.

—Billy era un pobre hombre y también era inocente.

—*Fliky* cometió un error que yo fui el primero en lamentar, Wilfred —dijo la voz del viejo hablando en un susurro—. Ahora Billy ha comprendido que fue un lamentable error.

—Fue un asesinato, señor Daugherty.

Sonó una risita queda, sarcástica.

—¿Y a quién acusará la ley, Wilfred? Tú siempre tan metodista en todo…

Los ojos de Wilfred escrutaban la oscuridad y pudo localizar a la voz. El lugar desde donde hablaba era un seto no demasiado alto

situado a unos tres metros frente a él.

Pasado el primer instante de estupor, Wilfred comprendió que aquella situación era absurda y levantó lentamente la pistola apuntando al seto.

Era el único sistema de romper en mil pedazos la horrenda pesadilla que los abrumaba.

Sin dudarlo ni un segundo más oprimió el disparador.

El estampido atronó la noche precedido del súbito fogonazo que iluminó fugazmente la noche. Wilfred siguió apretando el gatillo hasta tres veces seguidas, barriendo literalmente el seto a balazos.

Después se hizo un profundo silencio.

Y Wilfred escuchó nítida la risita silenciosa y desdeñosa que brotó del seto.

—¿Por qué lo has hecho, Wilfred?

En la voz de Víctor Daugherty palpitaba el reproche más acentuado. Contenía a la vez un evidente desdén, mezclado con una abundante dosis de desprecio.

—No debiste hacerlo, Wilfred. Ningún daño pueden causarme las armas de los humanos.

Wilfred saltó en pie bruscamente.

La única salida que tenía era lanzarse contra el seto y comprobar la veracidad de aquella monstruosa aparición. Todo su ser se rebelaba incapaz de admitir la macabra situación en que se hallaba inmerso.

Ya se disponía a lanzarse sobre el seto cuando escuchó el gruñido amenazador a su derecha.

Volvió la cabeza y sintió un estremecimiento arrancando en lo más hondo de sus entrañas.

Allí, frente a él, se encontraba *Fliky* nuevamente listo para atacarlo y clavar sus afilados colmillos en sus carnes, acabando salvajemente con la pesadilla.

El cuerpo del perro resplandecía en la oscuridad y sobre todo sus ojos eran dos puntos luminosos y tétricos, clavados con mórbida fijeza en la figura ligeramente encorvada de Wilfred.

Entonces escuchó la voz de Víctor Daugherty como en un sueño:

—¡Mátalo, *Fliky*!

Wilfred levantó la pistola aguardando la feroz acometida del fiero animal.

De un momento a otro se produciría la fatídica acometida y esta vez no podría eludir la mortal dentellada que le seccionara la yugular lo mismo que sucedió a los demás.

La única posibilidad de salir incólume radicaba en asegurarse el disparo que segara en el aire la vida del perro. Un fallo lo condenaría sin remisión a una muerte horrible.

En aquel instante de inminente peligro, la imagen de Diana pasó en forma fugaz por su mente. Se preguntaba lo que sería de la hermosa muchacha dentro de aquel cuadro horrendo.

Lamentó profundamente no haber tenido el suficiente valor para confesarle su amor y ahora comprendía que era demasiado tarde para hacerlo.

No pudo seguir pensando porque *Fliky* se lanzaba veloz al ataque, mostrando los agudos colmillos.

* * *

Marjorie se encaminó directamente al pequeño cementerio apenas quedó atrás la casa.

Por extraño que pareciese no sentía el menor miedo en su interior. Daba la sensación de que una fuerza misteriosa la impulsaba a caminar como una sonámbula ladera abajo, sin que ningún sentimiento humano se exteriorizara en su rostro.

Con los ojos muy abiertos y los dientes crispados caminaba rápida en medio de la oscuridad reinante, sorteando los obstáculos naturales que surgían a su paso sin ni siquiera mirarlos.

Una necesidad imperiosa la arrastraba hacia el camposanto familiar y nada podía oponerse a su firme decisión.

Como un autómata abrió la cancela de hierros forjados y penetró en el recinto encaminándose sin dilación a la tumba donde reposaban los restos de su suegro.

La fosa estaba abierta otra vez a pesar de que los hombres se encargaron de cerrarla cuando comprobaron que el cuerpo de *Fliky* había desaparecido días antes.

Desde el borde de la fosa, Marjorie clavó la mirada fascinada en el hueco abierto a sus pies.

La tierra se encontraba amontonada a ambos lados y en el

interior de la fosa… ¡no había nada!

A su derecha vislumbró Marjorie una sombra algo más densa y se inclinó palpando con las manos. Sus dedos entraron en contacto con una caja de forma rectangular… ¡el ataúd que debía contener en su interior el cadáver de Víctor Daugherty!

Sintiendo un sudor frío inundar todo su cuerpo, Marjorie alargó las manos con impresionante serenidad y tanteó el interior del ataúd. Sus dedos chocaron contra el fondo de la caja sin encontrar ningún obstáculo.

Ahora sí sintió la mujer que un incontenible escalofrío sacudía todas sus fibras.

¡El ataúd estaba vacío!

¡El cadáver de Víctor Daugherty había desaparecido!

Marjorie cayó de rodillas despedazada su entereza por el brutal descubrimiento y de su garganta brotó un desesperado sollozo.

—¿Por qué, Dios mío?

En aquel instante una mano se apoyó en el hombro de la mujer y Marjorie se revolvió con un rictus de infinito terror plasmado en sus facciones.

CAPÍTULO 10

Wilfred disparó cuando la cabeza del lobo distaba menos de medio metro del cañón de la pistola.

El enorme cuerpo del animal cayó sobre él y ambos rodaron por tierra en confuso montón. Wilfred soltó la culata del arma, inútil ya en la lucha cuerpo a cuerpo.

El perro tenía que estar forzosamente herido porque Cowpens no pudo fallar el tiro a tan escasa distancia. Sin embargo, se debatía salvajemente buscando la garganta de él. Las fuerzas del descomunal lobo no menguaban en absoluto y Wilfred tuvo la certeza de que tenía que vérselas con algo verdaderamente irreal.

Aquel terrible lobo no podía seguir viviendo con una bala alojada en su cabeza.

Wilfred logró aferrar con ambas manos el cuello del perro y haciendo un titánico esfuerzo consiguió alejar de su rostro las fauces abiertas que buscaba hacer presa en sus carnes. El fétido aliento del animal azotó su olfato, pero Wilfred continuó empujando con todas las fuerzas que le prestaba la propia desesperación.

Escuchó una estridente carcajada herirle los oídos.

Desde el otro lado del seto, una figura fantasmal contemplaba diabólicamente la desigual lucha entre él y la fiera.

Una fiera que acabaría destrozándolo con sus colmillos.

Sintió un lacerante dolor en el hombro y tuvo la sensación de que parte de su brazo se encontraba entre los agudos dientes del fiero animal.

Mentalmente se dijo que no podía flaquear.

Su vida dependía de ello.

En rápida contracción de las rodillas golpeó brutalmente los flancos del perro sin soltar en ningún instante la presa de las manos en el cuello.

El animal aulló encolerizado y Wilfred se contorsionó sobre la arena del suelo pasando el brazo por el grueso y peludo cuello, antes de que tuviese tiempo de rehacerse.

Sujeto férreamente desde atrás, el peligro era más relativo.

Wilfred siguió apretando la presa con salvaje frenesí ayudándose de la otra mano para dar mayor fuerza al dogal que estaba ahogando paulatinamente al tremendo perrazo.

De pronto sonó un chasquido.

El cuerpo del perro se convirtió en una masa pesada y fláccida, roto el cuello por la despiadada presa de Wilfred.

El joven aún continuó apretando unos segundos a pesar de estar seguro de que *Fliky* había perdido ya su inmortalidad. En su enorme cuerpo no quedaba ni el menor atisbo de vida cuando lo empujó quitándoselo de encima.

Se incorporó Wilfred resollando sudoroso.

Buscar la pistola en medio de la oscuridad reinante sería una pretensión inútil y Cowpens se dirigió al seto rodeándolo con todos los sentidos en tensión.

Nada descubrió al otro lado de él.

El fantasma de Víctor Daugherty había desaparecido.

Regresó junto al cuerpo del perro que seguía refulgiendo extrañamente en las sombras. Se inclinó a su lado y comprobó que estaba decididamente muerto.

Lamentó que las luces estuviesen apagadas porque podría contestar si verdaderamente se trataba de *Fliky*. En su interior aún albergaba la esperanza de que todo aquello no fuese cierto. Que todo fuese parte de un plan diabólico.

No obstante, tenía la plena certeza de que la voz que escuchara y con la cual incluso dialogó, era la de Víctor Daugherty. Y eso era lo que le producía aquel desagradable sabor en los labios, que le subía en oleada incontenible desde la boca del estómago.

Sintió pasos procedentes de la casa.

Un haz luminoso lo enfocó y suspiró aliviado al escuchar la excitada voz de Diana.

—¡Wil! ¿Estás bien?

—Sí, Diana.

A pesar de que el momento no era el más propicio para efusiones amorosas, los dos jóvenes se encontraron unidos en

estrecho abrazo al obedecer un mutuo impulso que los inundaba de dicha.

Wilfred rodeó la cintura de ella y besó ávido los trémulos labios que Diana ofrecía levantando el rostro hacia él.

Por unos instantes se olvidaron del horror que los rodeaba.

Al fin, la apartó Wilfred y cogió la linterna de manos de ella enfocándola hacia el cuerpo muerto del perro.

—¡Es *Fliky*! —exclamó Diana, atónita.

Wilfred se inclinó examinándolo más de cerca.

—En efecto, lo parece.

—¿Por qué brilla de esa manera, Wil?

El joven pasó los dedos por el cuerpo del perro y luego los frotó entre sí aproximadamente a su nariz. Estuvo unos instantes oliéndolos y luego sacudió la cabeza pensativo.

—Yo diría que es vulgar pintura fosforescente, Diana.

—¿Qué ha ocurrido aquí fuera, Wil? —inquirió ella nerviosa—. ¿Dónde está Marjorie?

Wilfred se puso en pie nuevamente.

—No lo sé, Diana. Alguien ha estropeado los focos que iluminan este sector y no pude encontrarla —señaló el seto junto a ellos—. La voz de tu abuelo me habló de pronto desde allí y cuando conversaba con él me atacó el perro. Es posible que Paul haya encontrado a Marjorie.

Desde hacía unos segundos, Diana lo miraba incrédula.

Movió los labios, musitando:

—¿La voz de mi abuelo, Wil?

—Así es, Diana. Por extraño que parezca, escuché la voz de Víctor Daugherty hace unos minutos.

—Eso… es horrible.

—Puedo asegurar que era su propia voz. La conocía demasiado bien para confundirme.

La muchacha tenía ahora los ojos desorbitados.

—Entonces… ¿tú crees que…?

Wilfred levantó los hombros suspirando.

—Ya no sé dónde puede estar la verdad de todo esto, Diana. Vamos a largarnos de aquí tan pronto nos sea posible. Lo mejor será poner el caso en manos de la policía a pesar de la oposición de tu padre.

—Debimos hacerlo desde el primer instante, Wil.

El joven asintió.

—Es posible que se hubiese evitado la horrible matanza. Iremos al garaje y saldremos de aquí sin ni siquiera pasar por la casa. Tu padre se opondría con toda seguridad a nuestra marcha y quiero evitar enfrentarme con él de nuevo.

La muchacha hizo un gesto de preocupación.

—No puedo comprender su obstinada negativa a permitir que intervenga la policía, Wil.

—Yo tampoco, Diana.

Wilfred cogió la mano de la chica con intención de encaminarse al garaje. Ella permaneció dubitativa sin moverse del sitio, surcada su frente por profundas arrugas.

—Wil…

—¿Qué?

—¿Estás seguro de que era la voz del abuelo?

—Juraría que sí, Diana.

Wilfred notó el estremecimiento de ella a través de la mano que conservaba entre las suyas.

—Eso no puede ser, Wil —musitó ella.

—Debemos salir de aquí cuanto antes, Diana.

—Antes… quisiera comprobar algo, Wil.

Wilfred se mostró impaciente.

Todos los contornos de la casa estaban inundados de un peligro tangible y su única preocupación estribaba en sacar de allí a Diana lo antes posible. No deseaba en forma alguna que la muchacha permaneciese expuesta al peligro que se olfateaba en el aire impregnado de una rara tensión siniestra.

—¿Qué es, Diana?

—Quiero que antes vayamos al cementerio.

Wilfred no pudo reprimir un respingo sobresaltado.

—¿Por qué al cementerio, Diana? —inquirió sintiendo un vago desasosiego.

—Me gustaría comprobar que el abuelo continúa en… su tumba antes de que nos marchemos, Wil.

—Insisto en que debemos irnos enseguida.

—Por favor, Wil.

El joven encogió los hombros resignado.

Le constaba que no podría arrancar de allí a Diana sin antes acceder a su imperioso deseo. La idea se había grabado en la mente de ella llegando a obsesionarla de tal manera, que serían infructuosos todos sus razonamientos para convencerla.

—Está bien —suspiró—. Vamos.

Antes de partir, Wilfred buscó su pistola y la miró durante unos instantes intrigado por la escasa efectividad de sus balas. *Fliky* debería mostrar aunque sólo fuese una herida leve en la cabeza y carecía de ella.

Echando a andar junto a Diana, sacudió la cabeza desechando el pensamiento.

Debió fallar a causa de la precipitación.

Dejaron atrás la explanada de la colina y comenzaban a descender en dirección al cementerio cuando un grito alucinante rasgó el silencio de la noche galvanizándolos.

—¡Es Marjorie, Wil!

Wilfred reaccionó con prontitud y aferrando la diestra de Diana corrió hacia el cementerio. No quería dejarla a sus espaldas cuando rondaba por los alrededores un fantasma asesino.

El fantasma vengativo de Víctor Daugherty.

CAPÍTULO 11

—¿Qué diablos está haciendo aquí sola, Marjorie?

La mujer tragó saliva repetidas veces respirando con dificultad antes de poder articular:

—¡Oh, señor Bancroft!

El *sheriff* de Torlins City inclinó su pesada anatomía y la sujetó por los hombros ayudándola a incorporarse suavemente. Marjorie lo miraba fija, aún no repuesta del todo de la sorpresa.

—¿Por qué abandonó la vivienda? —refunfuñó Bancroft malhumorado—. ¿No sabe que se juega la vida?

—Edward ha muerto, *sheriff* —murmuró Marjorie.

—Lo sé. Y morirán muchas personas más si las cosas no cambian de rumbo. Por eso no debió salir sola y mucho menos venir hasta el cementerio. ¿Es que se ha vuelto loca, infiernos?

—Tenía que hacerlo, señor Bancroft.

Bancroft continuaba sujetándola por los hombros y ahora la presión de sus torpes manos se hizo más ostensible, mientras se pasaba la lengua por los resecos labios.

Marjorie siempre lo había atraído. Cada vez que la mujer bajó a Torlins en compañía de su marido, el *sheriff* no perdió ocasión de admirarla con su turbia mirada, sintiendo que la sangre corría alocadamente por sus venas.

Ahora sentía un latigazo enervante al tenerla tan cerca y poder incluso rozar la fina piel femenina con sus toscos dedos. El tenue perfume que emanaba de la figura de Marjorie resultaba un aliciente más para sus bajos instintos.

Con voz enronquecida murmuró junto al oído de ella:

—Yo puedo protegerla de todo peligro, Marjorie.

La mujer no pudo captar la pretensión de Bancroft por hallarse sus sentidos alterados a causa de la tensión en que se movían en los últimos días.

—Acompáñeme a casa, señor Bancroft.

El *sheriff* se apresuró a retenerla sin soltarla.

—¿Qué prisa tiene, Marjorie?

Ella lo miró sin comprender.

—Usted mismo dijo que aquí corremos peligro.

—Estando yo a su lado puedo protegerla de todo peligro, Marjorie. Sólo hará falta que usted sea buena con el pobre Geo. Tiene que ser comprensiva y portarse bien conmigo, ¿sabe, Marjorie? Yo puedo ser su coraza protectora en lo sucesivo.

Mientras hablaba, la mano del *sheriff* se fue deslizando hasta quedar apoyada en la cintura femenina. Allí los dedos se convirtieron en garras clavándose con brutal apasionamiento en la carne de Marjorie al tiempo que la atraía.

Bancroft inclinó el cuerpo aplastando la boca sobre los labios de ella con salvaje frenesí.

Marjorie, cogida por sorpresa, no tuvo tiempo de reaccionar y durante unos segundos que le parecieron siglos se sintió apretada y manoseada por las ávidas manos del *sheriff*.

Al fin pudo hacer un escorzo y escapar de la brutal presa alejándose unos pasos respirando con fruición.

—¿Qué… ha hecho, *sheriff*?

Geo Bancroft se quedó mirándola embrutecidos sus sentidos y con las manos abiertas ante su torso.

—Siempre la he querido, Marjorie —confesó ronca la voz—. No tiene nada que temer si es buena conmigo.

—No sabe lo que dice, *sheriff*.

—Usted ha sido un tormento para el pobre Geo cada vez que bajaba al pueblo, Marjorie. Yo sería capaz de todo por usted. El pobre Geo sería su fiel esclavo en todo cuanto quisiese ordenar, ¿comprende lo que digo, Marjorie?

—No, *sheriff* —replicó con sequedad la mujer procurando adoptar un aire ofendido para ocultar el miedo que la embargaba—. Su actitud me resulta incomprensible siendo usted un representante de la ley, señor Bancroft.

El hombre soltó una carcajada sarcástica.

—¿La ley? ¿Qué tiene que ver la ley en todo esto?

—Se han cometido varios asesinatos.

—Pero la ley no puede capturar a los culpables, ¿verdad? Están

más allá de toda ley humana, Marjorie.

—Aun así, usted tiene el deber de protegernos.

Bancroft volvió a reír en forma soez.

—Eso es precisamente lo que deseo hacer, Marjorie. Pero a cambio le suplico que se porte bien conmigo. No tiene que hacer nada, sólo dejar que yo la acaricie…

—No, *sheriff*.

—¿Por qué?

—Su persona me produce náuseas.

Bancroft emitió un gruñido enfurecido y súbitamente se abalanzó adelantando ambas manos.

Marjorie esperaba la reacción del hombre y se ladeó esquivándolo por escasos centímetros, llegando a sentir el roce de la áspera piel masculina en su brazo.

Bancroft tropezó en el ataúd de Víctor Daugherty y se vino a abajo mascullando una maldición.

Marjorie sabía que de su rapidez dependía el poder escapar de aquella bestia enloquecida y no perdió tiempo en emprender la huida corriendo hacia la salida del cementerio.

Sus pies se enredaron dos veces con la maleza debido a la gran oscuridad reinante y apenas tardó un par de segundos en enderezarse de nuevo y proseguir la fuga.

Sus manos alcanzaban ya la cancela de hierro cuando sintió próxima la respiración entrecortada de Bancroft.

Aceleró la ciega carrera temiendo que no conseguiría escapar.

Bancroft se movía con una celeridad inesperada teniendo en cuenta su pesada anatomía. El deseo desenfrenado que se había apoderado de él parecía incrementar su agilidad.

Las manos del *sheriff* cayeron sobre los hombros de la mujer cuando ésta atravesaba el umbral de salida.

Los dos rodaron por el suelo y Marjorie sintió en su cuerpo los duros contactos de las piedras produciendo dolorosas magulladuras en su cadera y hombro.

Bancroft resollaba con sádica alegría intentando inmovilizarla contra el abrupto terreno.

Marjorie se debatió como una gata enloquecida bajo la brutal presión del pesado cuerpo de Bancroft que casi llegaba a cortarle el resuello.

Arañó con febril salvajismo el pecho y los brazos del *sheriff* y movió las rodillas tratando de golpear aquel enorme cuerpo que acabaría por asfixiarla.

Bancroft la sujetó por las muñecas, insensible a los golpes y arañazos, con una sola idea grabada en su mente.

—¡Deja ya de resistir, gata maldita! —gruñó colérico.

Marjorie sentía flaquear sus fuerzas.

Ya no podría continuar resistiéndose por mucho tiempo a los turbios deseos del brutal enemigo.

Sintió que se le nublaba la vista, cuando de pronto surgió una sombra junto a la cancela que se arrojó como una exhalación contra Bancroft sacudiéndoselo de encima.

Era una sombra siniestra, alargada, que ahora aguardaba a que Bancroft terminara de incorporarse mientras decía en un tono que a la mujer le pareció tétrico:

—Te llegó el turno de morir, Bancroft.

¡Y era la voz de Víctor Daugherty!

CAPÍTULO 12

Marjorie contempló aturdida cómo se acometían con furia salvaje las dos sombras.

Carecía de fuerzas para ponerse en pie. Sentía desmadejados todos los músculos de su cuerpo, como si la vida la hubiese abandonado y sólo le quedase el sentido de la vista para poder presenciar la violenta pelea que se desarrollaba ante ella.

También podía escuchar las agitadas respiraciones de ambos contendientes golpeándose mutuamente con saña brutal, pretendiendo cada uno de ellos arrancar la vida del rival.

Marjorie intentó ponerse en pie y no pudo.

Tuvo que asistir como aterrado testigo a la alucinante escena que se desarrollaba.

Debido a la densa oscuridad que los envolvía le resultaba imposible distinguir sus rostros. A Bancroft lo identificaba por su voluminosa figura y por lo alargado… al otro.

—Conmigo no te valdrán los trucos, maldito… —barbotó el *sheriff* aplicando un feroz trallazo a su enemigo.

El otro saltó impulsado violentamente por el golpe de Bancroft y enseguida estuvo de nuevo en pie, lanzándose con renovados bríos contra su antagonista.

A Marjorie le pareció distinguir un brillo metálico en una de sus manos.

Geo Bancroft también debió vislumbrarlo porque se quedó paralizado, y aunque Marjorie no podía ver sus facciones, advirtió, por el tono balbuceante de su voz, que lo había invadido un súbito terror hacia su oponente.

—No…, eso, no.

—Vas a probarlo tú también —dijo la voz de Víctor Daugherty.

Bancroft retrocedió lentamente en las sombras.

La siniestra figura alargada fue acercándose a él despacio.

Parecía muy seguro de sí mismo y no tenía prisa por descargar el golpe mortal que pondría fin a la vida del *sheriff*.

Marjorie no podía distinguir las formas del objeto que sujetaba en la diestra la figura.

Sólo tuvo la seguridad de que era algo metálico y de extrañas dimensiones.

Bancroft seguía retrocediendo.

—Por favor —bisbiseaba, horrorizado—. Yo cumpliré fielmente sus órdenes. Haré todo cuanto diga…

—Basta, Bancroft —cortó seca la voz de Víctor—. Fuiste demasiado lejos porque ella era cosa mía.

—Usted dijo que estorbaba.

—Pero no debiste tocarla con tus sucias manos, Bancroft. Ése fue tu mayor error.

—Yo creí que…

—En el futuro no volverás a creer nada, te lo aseguro.

Marjorie sentía impregnado de sudor todo su cuerpo. El horror paralizaba sus miembros, inmovilizándola, y no obstante, consiguió agarrarse desesperadamente a los barrotes de la cancela, incorporándose después de tremendos esfuerzos.

Quedó con la espalda apoyada en el quicio de entrada, respirando entrecortadamente.

El sudor helado inundaba todos sus poros.

Bancroft tropezó en su retroceso con el ataúd que se hallaba fuera de la fosa y se precipitó hacia atrás, manoteando desesperado el aire y cayendo finalmente en su interior.

La tétrica figura alargada emitió una breve carcajada burlona.

—Tiene gracia, Bancroft. Vas a morir precisamente dentro de mi propio ataúd.

Bancroft gritó desaforado mientras la siniestra figura se encorvaba sobre él adelantando la diestra.

El alarido del *sheriff* se convirtió en horripilante sonido gutural al ser seccionada su yugular por el experto asesino de ultratumba, que reía de forma escalofriante.

Marjorie vio horrorizada que la figura se ponía en movimiento en dirección a ella, después de rematar la macabra tarea de exterminar al *sheriff* de Torlins.

Quiso echar a correr, pero las piernas se negaron a obedecerla.

La gélida transpiración hacía estremecer de pavor toda su persona, clavándola allí contra el muro, mientras contemplaba con ojos desorbitados el lento avance de la sombra.

No se daba prisa. Estaba seguro de que no podía escapar.

De la garganta de Marjorie brotó un prolongado aullido.

Las piernas se negaron a continuar obedeciéndola y comenzaron a flaquear, haciéndola resbalar hacia el suelo con la espalda apoyada en el quicio de la cancela.

¡Estaba irremisiblemente perdida!

¡Víctor Daugherty podría continuar su pavorosa exterminación de los miembros de la familia!

Como en un sueño, le pareció escuchar el rumor de pasos que se aproximaban velozmente.

La figura se hallaba ligeramente encorvada a menos de tres metros de ella, pero ahora dudaba, levantando la cabeza hacia la explanada donde estaba la mansión.

Y de pronto vio Marjorie que daba media vuelta y emprendía la huida a través de las tumbas.

No pudo seguir percibiendo nada más, porque las fuerzas la abandonaron y comenzó a flotar en las tinieblas de la inconsciencia, perdido el conocimiento.

* * *

Wilfred pasó el brazo por los hombros de Marjorie mientras Diana iluminaba los alrededores con la linterna, haciéndola girar en todas direcciones.

El joven palmeó suavemente las pálidas mejillas de la desvanecida mujer, tratando de volverla en sí.

Diana inmovilizó el haz luminoso sobre el ataúd que contenía el cadáver de Geo Bancroft, junto a la fosa vacía que había ocupado su abuelo.

Tocó, trémula, el hombro de Wilfred, musitando:

—Han matado al *sheriff* Bancroft, Wil.

Cowpens frunció el ceño, sorprendido.

—¿Bancroft…?

—¡Y el cadáver del abuelo ha desaparecido!

Wilfred pensó que ya no podían sorprenderse por nada de lo que sucediese en adelante. Su mente era un caos de terrible confusión y no podía encontrar una explicación lógica a todo aquello.

—Luego nos ocuparemos de eso, Diana —decidió—. Puede que Marjorie nos aclare algunas cosas del misterio. A juzgar por su estado, ha debido ser testigo de algo monstruoso.

Marjorie comenzó a dar señales de vida y Wilfred secó el sudor frío de su frente con el pañuelo.

—¿Qué ha pasado, Marjorie?

La hermosa mujer le lanzó una turbia mirada.

—Wilfred…

—Somos Diana y yo, Marjorie. Nosotros estamos a su lado y nada puede ocurrirle ya.

—El *sheriff* Bancroft —susurró Marjorie, con un hilo de voz—. Fue horrible, Wilfred…

—Lo sé, Marjorie, pero ya está fuera de peligro. ¿Quién mató al *sheriff*?

—Fue… Víctor Daugherty.

—Eso no es posible, Marjorie. Víctor murió en un accidente de coche y todos vimos su cadáver.

—Su voz…, escuché su voz y vi su terrorífica figura cuando luchaba con el *sheriff*.

—¿Pudo verle el rostro?

—No, Wilfred. Todo estaba tan oscuro… Hablaban de algo extraño, incomprensible.

—Haga un esfuerzo por recordar, Marjorie —pidió Wilfred—. Es muy importante que lo consiga.

Marjorie movió la cabeza hacia un lado y otro, debatiéndose entre las brumas que enturbiaban su cerebro. No podía enfocar en su mente lo ocurrido con exactitud.

—¡No puedo, Wilfred, no puedo! —sollozó.

—Está bien, Marjorie, déjelo.

Entre él y Diana la ayudaron a levantarse, y Wilfred pasó el brazo bajo las axilas de ella, sosteniéndola en pie.

—¿Podrá andar, Marjorie?

—Creo… que sí.

Wilfred comenzó a andar en dirección a lo alto de la colina cuando dijo Diana:

—Ahí sigue el cadáver de Bancroft, Wil.

—Luego regresaré a examinarlo, Diana. Ahora conviene llegar cuanto antes a la casa.

—El cadáver del abuelo…

—Estamos llegando al fin, Diana. Lo presiento en mi interior. Conviene atender a Marjorie lo antes posible.

—Sí, Wil.

—Yo la ayudaré a subir mientras tú iluminas el sendero.

Cuando los tres llegaban a la explanada en la cima de la colina, la incipiente claridad del nuevo día comenzaba a iluminar débilmente los contornos, dejando atrás una noche que sería de imborrables recuerdos para ellos.

En el cielo, de tonalidad gris ceniza, apareció un helicóptero volando a escasa altura y el tableteo de sus alas rompió el silencio del amanecer.

CAPÍTULO 13

Del pequeño helicóptero de la policía inmovilizado en un extremo de la pista de tenis descendió un hombre de unos cuarenta años, alto y de rasgos agresivos.

Wilfred se acercó a él mientras Diana y Marjorie se encaminaban al edificio.

—Llegas a tiempo, Sam —saludó Wilfred, alargando la diestra—. Al parecer, la violencia se ha precipitado.

Sam Clarke, teniente de policía de Los Angeles, sonrió, mostrando los dientes en ácida mueca.

—La investigación que me encomendaste al llamarme por teléfono ha sido exhaustiva, muchacho. La próxima vez que recurras a mí en nombre de nuestra vieja amistad procura que sea algo más sencillo, diablos. Me has hecho remover infinidad de resortes.

Wilfred contuvo a duras penas la impaciencia que lo dominaba al inquirir:

—¿Y ha valido la pena?

Clarke sonrió ahora más abiertamente, asintiendo:

—Tus sospechas tienen un noventa por ciento de posibilidades de ser ciertas, muchacho. —El policía introdujo la diestra en el bolsillo de su americana y extrajo un abultado sobre—. Aquí traigo unos datos que pueden serte de gran ayuda.

Wilfred estuvo ojeando los documentos que portaba Clarke con veloz, pero ávida curiosidad.

Al terminar de examinarlos, levantó la cabeza hacia Clarke.

—No hay duda de que es nuestro hombre, Sam.

—¿Cuántos asesinatos ha cometido ese loco?

—Demasiados, Sam, demasiados.

—¿Y a qué aguardamos para detenerlo, muchacho?

Wilfred hizo un ademán mirando a su amigo.

—Deja que sea yo quien lo ponga al descubierto, ¿eh, Sam?

—Está bien.

—Vamos a la casa. Seguramente siguen todos reunidos en el salón después de la alucinante noche.

Los dos hombres se dirigieron a la casa, y al irrumpir en el amplio salón de la vivienda, comprobaron que la suposición de Wilfred había sido acertada. Muchos pares de ojos se clavaron expectantes en ellos dos.

Paul Daugherty se acercó a Wilfred, diciendo en tono de reproche:

—Estuve más de una hora esperándolo en la pista de tenis, Wilfred. Habíamos quedado en que nos reuniríamos allí, ¿no?

—Les presento al teniente Sam Clarke, de la policía de Los Angeles. Es un buen amigo mío y ha accedido a ayudarnos —dijo Wilfred, sin prestar atención a Paul—. Todos pueden estar tranquilos en lo sucesivo, ya que no volverán a cometerse nuevos crímenes.

Alex también vino frente al joven, mirándolo con dureza.

—No hizo caso de mi orden, ¿verdad, Wilfred?

—Su orden era absurda, Alex —aclaró el joven—. Sobre todo andando suelto por ahí un loco asesino.

—Usted sabe que lo ocurrido aquí ha sido obra de…

—¿De su padre, Alex? —inquirió Wilfred, con frío sarcasmo—. Parece mentira que sea tan infantil.

—Diana asegura que su cuerpo ha desaparecido del ataúd.

—En efecto, pero sólo porque alguien se tomó el inútil trabajo de hacerlo para despistarnos… —Wilfred se giró, mirando escrutadoramente el rostro de Paul Daugherty—. ¿Verdad, Paul?

El aludido palideció visiblemente y apretó los maxilares, esforzándose en componer una mueca de extrañeza.

—No lo comprendo… —murmuró.

—Me comprende perfectamente, Paul —replicó, seco, Wilfred—. ¿Por qué esta ola de crímenes?

—¡Se ha vuelto loco! —gritó, exasperado, Paul.

—No, no me he vuelto loco. Usted ha sido el responsable de todos los asesinatos, posiblemente en combinación con el *sheriff* Geo Bancroft, al que debió prometerle una buena tajada en la herencia. Es inútil que lo niegue porque mi amigo Clarke ha conseguido

averiguar infinidad de importantes datos respecto a usted, Paul. El primero de ellos es que usted no estaba viajando cuando sobrevino la muerte de su padre. La que viajaba era Cathy en compañía de un amigo que consintió en adoptar su personalidad. Por cierto, Paul, ¿por qué tuvo que matarla a ella también?

El rostro de Paul Daugherty se hallaba transfigurado, contraído en horrenda mueca y temblando su labio inferior en irreprimible tic nervioso, mientras contemplaba fascinado a Wilfred, que seguía abrumándolo con las pruebas reunidas.

Clarke no le quitaba ojo de encima, atento al menor de sus movimientos.

—Era una maldita zorra —masculló, torvo, Paul, admitiendo su culpa—. Yo deseaba encargarme personalmente de ella cuando todo hubiese concluido, pero el imbécil de Geo cometió el error de hacerlo él. Ha pagado por ello.

—¿Y la voz de Víctor Daugherty, Paul? ¿Cómo lo consiguió?

Paul rió como un demente, inundados todos sus sentidos por la vanidad de creerse muy superior a los demás.

—Eso fue lo más sencillo de todo —explicó, excitado—. Siempre tuve una gran facilidad para imitar voces. Me pasé muchas horas perfeccionándolo hasta que conseguí exactamente el mismo tono.

Wilfred compuso una mueca, mirándolo tristemente.

—Ahora será mejor que se entregue a la policía, Paul. Es muy posible que su abogado pueda alegar demencia.

Paul Daugherty lanzó un grito salvaje y llevó la mano al lugar donde tenía la pistola, intentando sacarla.

Logró hacerlo, y ya la levantaba cuando Sam Clarke consiguió adelantarse a él por décimas de segundo, teniendo la necesidad de disparar a matar para evitar que el enloquecido Paul pudiese herir a algunos de los presentes.

El balazo de Clarke atravesó el corazón de Paul y lo lanzó con brutal fuerza hacia atrás, haciéndolo trompicar. Manoteó frenético el aire y acabó desplomándose con un ronco gemido.

—Lo siento —murmuró el policía, con la humeante pistola en la mano—. No podía dejarlo utilizar su arma.

El silencio gravitó largo rato sobre los presentes.

Lo rompió Alex Daugherty, diciendo alelado:

—¡Es horrible, Dios mío!…

—Paul necesitaba dinero abundante y no le bastaba con la herencia —comenzó a explicar Wilfred—. Poseía una granja en las proximidades de Los Angeles y sus deudas ascendían a más de cien mil dólares. Conocía sin duda cuál iba a ser su parte en la herencia. Víctor Daugherty lo deja todo a su nieta Diana, a excepción de ciento cincuenta mil dólares para cada uno de sus hijos. A Paul lo cegó la ambición y quiso quedárselo todo.

—Pero *Fliky*…

—Consiguió encontrar un perro lobo que era idéntico a *Fliky* y lo utilizó para crear el desconcierto entre nosotros. Seguramente le inyectaría algún excitante para que el perro apareciese enloquecido, pero en realidad ese lobo no mató a nadie. Por algún sitio encontraremos unas mordazas que se hizo construir provista de agudos colmillos de acero. Esto último ha conseguido averiguarlo mi amigo el teniente Clarke. Cuando Paul disparó contra el perro, lo hizo con balas de fogueo, y más tarde, aprovechando algún descuido mío, también sustituyó el cargador de mi pistola.

Diana aparecía intensamente pálida. Susurró, atónita.

—Ha sido monstruoso…

—Tu padre ayudó inconscientemente a Paul negándose a que interviniera la policía, con tal de que el nombre de los Daugherty no fuese salpicado de lodo. —Wilfred hizo una pausa y enseguida agregó—: El pobre Billy pagó las consecuencias de su descubrimiento. Posiblemente viese a Paul o al *sheriff* Bancroft con antelación a la llegada oficial del matrimonio y eso le costó la vida.

Después de una nueva pausa, dijo Diana:

—Tendremos que buscar el cadáver del abuelo. Al pobre no lo han dejado tranquilo… ni aun después de su muerte.

Wilfred le pasó el brazo por los hombros, atrayéndola contra su pecho.

—Clarke y yo nos encargaremos de eso. Ahora os conviene a todos un poco de descanso.

* * *

Días más tarde, en el salón de la mansión se encontraban Diana y Wilfred, sentados en uno de los confortables divanes. El joven

sostenía la mano de la muchacha entre las suyas y admiraba la serena belleza de la que pronto se convertiría en su esposa.

El testamento fue leído el día anterior.

En aquellos instantes decía Diana:

—Nombraré a mi padre administrador de la fortuna de la familia, Wil. El abuelo no fue demasiado justo al dividir su herencia.

—Tu abuelo consideraba a sus hijos como parásitos de la sociedad y le constaba que dilapidarían el capital que les legara en unos pocos años. En eso demostró conocerte bastante bien. Afortunadamente, tú eres una mujer inteligente y equilibrada.

Diana sonrió plena de femineidad.

—¿Sólo inteligente y equilibrada, Wil?

Wilfred se inclinó hacia ella y la besó fugazmente en la comisura de los labios.

—Y la más hermosa que he conocido en mi vida también, pero eso no lo dije porque ya lo sabes, ¿no?

—Cuando tú lo dices…

—En seguida que nos casemos iremos a pasar la luna de miel en las Bermudas, cariño.

Allí tendrás una prueba palpable de lo que estoy diciendo. Yo me encargaré de demostrártelo.

Ella movió la cabeza con coquetería, pero enseguida se puso seria otra vez para decir:

—Tía Marjorie dispondrá de una cantidad suficiente para poder vivir sin temor en adelante. Le he dicho que puede quedarse con nosotros si lo desea.

Wilfred levantó la diestra, interrumpiéndola.

—Un momento, Diana. No habrás pensado seguir viviendo en esta casa, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Ni hablar, cariño —denegó él con firmeza—. Nos marcharemos a vivir a Los Angeles y sólo vendremos por aquí alguna que otra vez para supervisar la marcha de los negocios. Espero que tu padre sea un buen administrador y no tengamos que hacerlo con demasiada frecuencia.

Diana permaneció unos segundos dubitativa.

Finalmente, asintió, comprendiendo que en adelante su marido,

Wilfred Cowpens, tendría que dar las órdenes.

Impulsivamente, le echó los brazos al cuello y pegó su cuerpo al del joven, riendo feliz.

—Lo que tú digas, mi amor.

Wilfred no esperaba el impulso de ella, y apenas pudo abrir los brazos para recogerla entre ellos.

—Conque atacando a traición, ¿eh?

Se inclinó sobre Diana y aplastó su boca en los trémulos labios que esperaban impacientes la ávida caricia.

Los dos jóvenes permanecieron largo rato unidos en estrecho abrazo.

Las densas nubes del horror habían quedado para siempre en el pasado. El futuro parecía sonreírles con promesas de dicha y felicidad.

F I N